

BOLETÍN SALESIANO

REVISTA DE LAS OBRAS DE DON BOSCO



Este hermoso retrato del Padre nos recuerda su
última visita a España. (Cádiz - 1926).

La muerte de nuestro Rector Mayor DON FELIPE RINALDI

Su enfermedad.

Desde hace más de un año la muerte le seguía, de cerca, sin alarmar demasiado y sin atreverse a arrebatarlo al cariño de sus hijos; desde hace más de un año aquella insuficiencia cardíaca, que era su traidora tara familiar, venía progresando con ritmo acelerado e inexorable; todos veíamos como la recia complexión del buen Padre se iba debilitando y aunque ello, como es natural, nos preocupaba, estábamos bien lejos de presentir lo que ha sucedido y todos, en una santa porfía de amor filial, nos preparábamos a celebrar, con alegres fiestas, su *Misa de Oro*.

Nosotros no lo presentíamos, pero él tenía un conocimiento claro de su próximo fin, según indicios ciertos que han ido apareciendo, a pesar de lo cual, seguía entregado, de lleno y con su habitual serenidad, a las rudas tareas cotidianas que, para cualquier hombre sano, hubiesen sido excesivas y agotadoras, sin haber querido consentir que le fuesen mitigadas en lo más mínimo. Cuando se le invitaba a descansar, decía: «¿Queréis ya encerrarme en una caja? — El salesiano sólo descansa en el cielo».

SU GUSTO POR HALLARSE EN MEDIO DE SUS HIJOS. — Este verano pasado quiso recorrer, una por una, las casas donde se hacían los Santos Ejercicios espirituales. Sus hijos estaban allí reunidos y él no podía vivir sin verles y escucharles, sin dejar en sus almas el sabor dulcísimo de sus paternales *Recuerdos*, a los que comunicaba todo el fuego de su corazón y en los que sabía hacer vibrar, con fuerza, las más puras esencias del espíritu del Beato Juan Bosco.

Al iniciarse el otoño, que es cuando su salud debió haberse rodeado de los más solícitos cuidados, expresó el deseo de imponer el santo hábito a los novicios y fué inútil que médicos y superiores se esforzaran en disuadirle, porque él, con una ingeniosidad

alegre, o una frase de buen humor, sabía siempre triunfar de las resistencias que le impedían volar hacia sus salesianos queridos, a los que había consagrado todo su descanso, y ofrecido su salud y su vida entera.

Hubo, sin embargo, una transacción y se convino en que sólo visitaría los Noviciados de Este y de Chiari, pero las cosas se rodearon de tal manera, que el viaje se extendió a varias casas de las Inspectorías Véneta y Lombarda, durando más de ocho días y dejándole extenuado de fuerzas.

Era el principio del fin.

Alarmados los Superiores lograron de él, a fuerza de súplicas, que se abstudiese de bajar a su despacho, y le rodearon de los más eficaces y amorosos cuidados. Gracias a ellos y al forzado reposo de algunas semanas, las energías perdidas fueron reapareciendo y el estado general de nuestro querido Rector Mayor, visiblemente mejorado, fué llenando, otra vez, la casa de optimismo y alegría, pero en la última decena de Noviembre, se presentó una complicación cardio-renal y su médico de cabecera, Dr. Clérico, tuvo que echar mano de remedios heroicos.

Esto preocupó seriamente a todos y fueron llamados, en consulta, los célebres Doctores Bottino y Micheli quienes, de acuerdo con el citado médico de cabecera, opinaron que, aunque el estado del paciente podía considerarse grave, no había motivo, de momento, para temer una muerte próxima, insistiendo en que, tras un descanso absoluto de algunos meses, podría el enfermo reanudar sus ocupaciones habituales.

Esta palabra, dicha por la ciencia, venía, otra vez, a tranquilizarnos, pero la voluntad adorable de Dios había dicho, también, la suya y los hechos se precipitaron, en una forma aterradora y completamente imprevista, sin que bastaran a detenerlos las oraciones de centenares de miles de almas que, advertidas por nuestros Superiores del peligro que amenazaba, elevaban continuamente sus manos al cielo.

SU PLACIDA MUERTE. — El 5 de diciembre D. Felipe Rinaldi que, a pesar de esas graves alternativas de su salud, no había guardado cama, amaneció muy animado, tanto que, para darle una sorpresa, — la más grata que él podía recibir — se le preparó un altar en la habitación contigua para que, al siguiente día, pudiese celebrar la santa misa. Todas aquellas molestias, en efecto, que tanto extenuaban sus fuerzas impidiéndole el reposo, habían desaparecido, respiraba bien y había logrado dormir algunas horas.

Como dicho día era sábado, vistiéndose de limpio y, sin que nadie entonces comprendiera la razón de ello, se puso hasta los zapatos nuevos. No es aventurado suponer que, advertido interiormente por la Sma. Virgen, quiso él mismo amortajarse; pocos días antes había dicho: «el cielo está cerca», y a los que le hablaban de su jubileo: «Vosotros prepararéis cosas muy hermosas y yo me marcharé cuando menos penséis». Al P. Franco que fué a despedirse de él para regresar a Inglaterra, le dijo claramente: «No llegaré al 23 de diciembre» (comienzo de su año jubilar).

A las 4,30 de la madrugada comulgó, como de costumbre, con un fervor seráfico. A las 9 salió de su habitación para oír la Santa Misa, que celebró el Ecónomo General Don Fidel Giraudi, y a toda ella asistió el buen Padre de rodillas.

La cosa marchaba muy bien; tomó su desayuno y recibió al salesiano D. Luis Cartier, venido de Niza para invitarle a inaugurar un nuevo templo a María Auxiliadora, pero notando este sacerdote, a los pocos minutos de iniciada la conversación, que el enfermo tosía y se fatigaba, despidióse discretamente dejándole que descansara.

El secretario particular D. Santiago Vacca, que vivía en el cuarto inmediato y estaba siempre atento a la menor novedad y al más insignificante ruido, acudió a la puerta, al notar la salida del P. Cartier, y vió que nuestro Venerado Rector Mayor le despedía de pie, dándole a besar la mano, con aquella amabilidad sugestiva que era tan suya; preguntóle si necesitaba algo, volvió a recomendarle el descanso y le dejó solo.

Pasados unos veinte minutos, fué el Secretario a llamar a su puerta y, extrañado de que no contestase, abrió, hallóle en el sillón, inmóvil, pálido, sin dar señales de vida, y corrió a buscar al Prefecto Genefal D. Pedro

Ricaldone, quién, avisados los Superiores más inmediatos, con una emoción imposible de describir, administróle *sub conditione* los Santos Oleos.

No era ilusión; era una terrible y espantosa realidad.

¡Habíamos perdido a nuestro Padre! ¡Don Felipe Rinaldi había muerto! Había muerto en la hora precisa en que el Papa, que tanto le amaba, enviábale su bendición.



¡Muerto!

Rápidamente y, como una niebla maléfica, difundióse la noticia por todas partes. En casos como este, resulta incomprensible y casi inverosímil esa rapidez de difusión que no bastan a explicar, ni el teléfono, ni la prensa, ni ninguno de los medios ultramodernos de intercambio espiritual. Sólo un presentimiento difuso, sólo una especie de telepatía colectiva podrían atribuirse el fenómeno, por nosotros presenciado, de centenares de personas que, a los pocos minutos de acaecida la muerte y procedentes de todos



En la capilla ardiente.

los puntos de la ciudad, empiezan a desfilar por aquella pobrísima celda y delante de aquel cuerpo inanimado, pero caliente y flexible sentado en su sillón de trabajo, con la cabeza algo inclinada hacia la derecha, santamente dormida, y envuelta en un halo ultraterreno de placidez y dulzura.

Si el Dr. Bottino no hubiese certificado que D. Felipe Rinaldi ha muerto, víctima de embolia cerebral, tendríamos derecho a suponer que nuestros ojos nos engañan, porque las únicas huellas — y no indiscutibles, — que la muerte ha dejado en estos restos santificados, son la palidez, de cera virgen, que hay en sus manos y en su rostro, y el gélido silencio de sus labios, húmedos aún con el arrebol de la vida.

EL DOLOR DE UN PUEBLO. — No había transcurrido una hora, cuando llegó el Excmo Sr. Arzobispo de Turín, Mons. Maurilio Fossati, profundamente afectado, orando largo rato, ante el cadáver y dirigiendo palabras de condolencia y consuelo a nuestros Superiores. Siguiéronle, tras breves intervalos de tiempo, S. E. el Prefecto (Gobernador) Sr. Ricci, el Podestá (Alcalde) Sr. Thaón de Revel, el Secretario Federal del

Fascismo D. Andrés Gastaldi, el vocal del Directorio del mismo Sr. Bertoldi, y otras personalidades de los sectores sociales más representativos de la capital.

El Presidente de los Cooperadores Salesianos Sr. Conde Rebaudengo y el de la Federación Internacional de Ex-alumnos Sr. Masera, que habían gozado de la intimidad del P. Rinaldi y sentían por él una admiración fervorosa, mostrábanse inconsolables, mientras amigos y cooperadores, sacerdotes e Hijas de María Auxiliadora, alumnos y alumnas, hombres y mujeres del pueblo, iban desfilando, tristes y cabizbajos, para besar aquellas manos santas que no se habían cansado de bendecir y prodigar favores.

EN LA CAPILLA ARDIENTE. — A la puesta del sol, cuando las primeras sombras de la noche hacían aún mas denso el luto que llevábamos en el alma, el cadáver del P. Rinaldi era llevado a la capilla ardiente, en medio de una larga procesión de sacerdotes, con velas encendidas.

La iglesia sucursal de la Basílica de María Auxiliadora, abierta en la plaza del mismo nombre, tuvo necesidad de disimular, con

profusión de paños y crespones fúnebres, la nítida brillantez, ingenuamente alegre, de su reciente decoración pictórica, antes de ofrecer a los sagrados restos una acogida digna y conveniente.

Consta esta iglesia de una sola nave amplia y despejada. En el testero principal se ve el altar mayor sobre severo fondo enlutado en el que campea una gran cruz; en el opuesto un cuadro del Beato Juan Bosco que parece mirar a los hijos desolados y decirles: «No temáis, es un simple episodio de nuestra vida; la dinastía que yo he fundado es inagotable y eterna». En el centro se alza un alto catafalco, solemne y sencillo, donde yace el cadáver de D. Felipe Rinaldi, que ahora parece más pequeño, pero que sigue conservando la misma plácida actitud de reposo.

Está revestido de roquete y estola morada, insignia de una realeza por él ejercida, en nombre de Dios, santa y heroicamente, durante cincuenta años, y que, superior a las realezas terrenas, no acaba con la muerte. Tiene en las manos una cruz y un rosario; la cruz del que pende el Amado de toda su vida. El que en su corazón salesiano había encendido tanto fuego de apostolado, y en su inteligencia de sacerdote tanta luz de doctrina y en su voluntad de Superior tanta fiebre de trabajo. El rosario de la Virgen de Don Bosco no podía faltar tampoco de

aquellas manos que, antes lo mostraban a medio mundo, como un cetro de gobierno y ahora lo sostienen, agarrotadas, como el barco abandonado que se hunde, sostiene, en su mástil, la bandera de combate, en la que los tripulantes cifraban sus amores y sus glorias.

Pocas son las cosas que se ven en torno del querido difunto; seis blandones gigantes, tiesos como centinelas y decorados a la funerals; una guirnalda de grandes crisantemos blancos que, en medio de la fúnebre desnudez de los paños, parecen aún más blancos; un pequeño jardín de macetas con palmas de hojas perennes como la fe y unos cuantos reclinatorios, dispuestos para rezar y también para defender los amados despojos contra las piadosas embestidas del pueblo, que los contempla como una codiciada reliquia.

Las almas que le rodean son, en cambio, incontables. Un número casi infinito de seres, de todas las razas y de todos los continentes, velan este cadáver, de un modo invisible pero cordial y eficaz, y hombres y mujeres y niños, de todas las clases sociales, desfilan y se renuevan sin interrupción durante dos días y tres noches. La ciudad entera y pueblos de los alrededores pugnan por ver al Tercer sucesor de Don Bosco y hay momentos



B. 4596

Los patios de la Casa-madre, espaciosos como enormes plazas, se han llenado completamente de gente.

en que la inmensa plaza resulta insuficiente para contener aquella marea viva, a pesar del cruel e intenso frío que allí hace, siendo necesarias varias parejas de orden público, para que la circulación proceda ordenadamente y sin conflictos. Los de fuera quieren entrar y los de dentro hacen lo posible por no salir, pretendiendo todos que sus objetos de devoción y hasta sus prendas personales como sombreros, guantes, pañuelos, gafas, reciban el contacto de estas manos que antes bendecían y ahora inmóviles, aún pueden tener virtud para aliviar alguna pena y enjugar alguna lágrima. Dos ex-alumnos que se turnan continuamente, no alcanzan a dar satisfacción a tantas y tan conmovedoras demandas.

En esta cámara mortuoria, ungida y consagrada por la oración de todo un pueblo y el dolor de una Congregación religiosa que tiene raíces en todos los pueblos, las misas empiezan a las 4 de la madrugada y no terminan hasta las 12, subiendo al altar, uno, tras otro, los miembros del Capítulo Superior, Obispos, Inspectores, Misioneros; aquí los Rosarios no se interrumpen nunca; *Santa Maria, ruega por él; Señor, dale el descanso eterno...* es un cuadro de una emotividad y de una fuerza irresistibles. Cuando a las 9,30 del domingo S. A. R. la Princesa Elena de Aosta, acompañada por el general Montasini, viene a orar ante el cadáver, el efecto que este imponente plebiscito de amor le ha producido debe ser tan grande, que alguien ha creído observar, en su rostro, un paño de conmoción y una lágrima de ternura.

El cortejo fúnebre.

No es propiamente ni el funeral, ni el entierro. Es un homenaje póstumo que el pueblo italiano tributa a sus difuntos, singularmente a los que en vida se habían hecho acreedores a alguna especial benemérita. El féretro sale acompañado de la cámara mortuoria, recorre un itinerario convenido y vuelve a la cámara mortuoria.

El cortejo, en nuestro caso, ha rebasado su marco, resultando una apoteosis, en toda regla, que los más viejos comparaban con la que presenció Turín cuando la muerte de Don Bosco y a muchos les ha recordado la

inenarrable manifestación ciudadana del 9 de Junio de 1929, cuando, en medio de muchedumbres impresionantes, los restos de nuestro Beato fueron traídos a la Basílica.

Las 3 de la tarde del día 8 era la hora señalada, y como la jornada, mejor que de luto, iba a ser de triunfo para la humilde obra de Don Bosco y como, además, era el día de María Inmaculada, en que no hay alma medianamente cristiana que no sonría y no se vista interiormente de azul y blanco, el cielo quiso también sonreírnos y, contrariando su etiqueta invernal, barrió hacia los Alpes las rastreras y glaciales nieblas con que, por la mañana, nos habían obsequiado y, en medio de la alegría del sol, tendió sobre la ciudad su inmenso pabellón de seda azul joyante.

* * *

Mientras la complicada máquina del Cortejo empezaba a moverse, en la capilla ardiente llevábase a cabo una ceremonia tierna y conmovedora. Invitado el público a desalojarla y cerradas las puertas, procedióse a depositar los restos del Padre en su ataúd, que era pobre y sencillo, haciéndose la triste operación con el mayor cuidado y la máxima reverencia.

Nuestro querido Prefecto General, Don Pedro Ricaldone, en presencia de varios calificados testigos que habían sido llamados para representar, respectivamente, a los Salesianos, a los Cooperadores y a las Hijas de María Auxiliadora, leyó, en voz alta, el Acta de defunción y, metida en un tubo de vidrio, la depositó junto al cadáver. Un último beso, caldeado de amor filial, sobre aquella frente exangüe que va a quedar, para siempre, bajo el dominio inviolable de la tumba, un operario que suelda la humilde caja de cinc, y todo está listo para la ceremonia.

* * *

Entre tanto los patios de la Casa-madre, espaciosos como enormes plazas, se han llenado completamente de gente que sin cesar evoluciona, a la voz de los organizadores, y todavía, por las anchas puertas, siguen entrando columnas y más columnas; pero ¿dónde se colocarán, Dios santo?

El panorama es de los que no se olvidan. Son tantas las divisas que aparecen en brazos, cuellos y sombreros y tantas las banderas y confalones que flotan en el espacio, que llegamos a olvidarnos de que el acto que se prepara es una pompa fúnebre.

Por doquiera niños de nuestros y de otros Colegios vestiditos de limpio, o, reglamen-

lillas de ambos sexos simulando, graciosamente, paradas militares; más lejos los *Camisas negras* con sus tres escuadrones *di combattimento*, austeramente disciplinados. Es la patria fascista que también quiere tributar su homenaje, tan espontáneo como cordial, al bondadoso Sacerdote que encarnó una de las más puras glorias de Italia y, sin



En hombros de nuestros teólogos es llevado a la carroza fúnebre.

tariamente uniformados, por centenares y por millares; hombres del pueblo y de la aristocracia, revueltos y confundidos en masas compactas; sacerdotes y religiosos; monjitas de extrañas y diversas indumentarias, entre las que discurren, como móviles puntitos negros, las sencillas tocas de las Hijas de María Auxiliadora; en todas partes asociaciones y cofradías con sus insignias, agrupaciones musicales con sus metales relucientes y sus galones de oro, huérfanos de guerra, excombatientes...

Aquí están, a pié firme, esperando órdenes, los jóvenes universitarios, con sus policromos sombreros *goliárdicos* en forma de esquifes, de los que penden, en profusión, filas de borlas y de medallas; allá los pequeños *Ba-*

ser de ningún partido era de todos los partidos, como Don Bosco y como la caridad cristiana y, sin tolerar la política en sus salesianos, ensanchó, como ningún político, el dominio espiritual de su raza.

Cuando todos estos miles de criaturas hayan salido, para ocupar su lugar en el Cortejo, todavía se incorporarán otras tantas que allá fuera, en la plaza de María Auxiliadora, esperan con impaciencia. Es un trabajo mareante el de los organizadores, en su mayoría jóvenes y ex-alumnos provistos de brazales, pero, por lo visto, conocen muy bien su oficio y las compactas filas, de a seis y a ocho, van sucediéndose y desgranándose, hermosamente, por las anchas avenidas, como un inmenso rosario humano.

Nadie había previsto, sin embargo, este alud formidable de concurrentes y llega un momento en que todo el largo circuito se congestiona, hasta tal punto, que, para evitar el taponamiento, se hace preciso ensancharlo y dar un nuevo rodeo.

A las dos y media, las campanas de la Basílica empiezan a doblar lentamente, y, yo no sé si es ilusión o es que en Italia todo ha de ser forzosamente rítmico y musical, pero, en ese tocar a muerto, se adivina una polifonía extraña que, cala poco a poco las almas de tristeza, hasta reducirlas al llanto.

La carroza fúnebre, que es de tercera clase para conformarse con la humildad del que, en vida, representó a Don Bosco, aún no se ha movido de su sitio en espera del sagrado depósito, pero no tardarán mucho en traerlo, porque allá, en la Capilla ardiente, se oyen ya los últimos versos del « De Profundis », cantados por nuestros teólogos de « La Crocetta », representantes de venticinco naciones. Al apagarse la voz del Sr. Arzobispo de Turín, que es el ministro oficiante, ocho de estos teólogos, revestidos de sobrepelliz, toman en hombros el féretro y, triste y pausadamente, lo llevan hasta la carroza, que en seguida se pone en marcha.

* * *

En la avenida « Regina Margherita », que es la porción más recta, más ancha y más vistosa del recorrido fúnebre, vamos a presenciar el Cortejo. Allí se han situado, también, los fotógrafos, buscando los balcones más estratégicos, o encaramándose sobre escaleras portátiles y coches de alquiler. Allí está la masa más compacta del pueblo que se ha echado a la calle, como en las grandes solemnidades, demostrando, bien a las claras, que es el que más sinceramente participa del dolor general que la muerte del Rector Mayor de los Salesianos ha producido, porque, en medio del respetuoso silencio con que es recibido el desfile, son muchos los que musitan una oración, o se enjugan una lágrima, y todos se descubren piadosamente al pasar la carroza fúnebre.

Recordemos aquellas agrupaciones, interminables, que vimos organizarse en los patios de la Casa-madre; ya hace más de una hora que desfilan y la Presidencia del duelo aún está en la iglesia.

Mezclados con círculos, colegios y repre-

sentaciones de todo género, han pasado ya los Oratorios de las Hijas de María Auxiliadora y muchos de los Salesianos; los de la Crocetta, Valsálice, Monterosa, San Luís, Martinetto; los Colegios de San Juan Evangelista y Valsálice; los Institutos misioneros de Ivrea, Cumiana y Conde Rebaudengo. Ahora pasan las Madres cristianas, las Damas de María Auxiliadora, Ex-alumnas, Cooperatoras, Religiosas... Este enjambre de muchachos son los internos de la Casa-madre; 700 entre estudiantes y artesanos; van rezando todos el rosario y sus voces argentinas se funden, armoniosamente, con las de todo el Cortejo, formando una masa imponente de oraciones que se extienden por el amplio paseo, convertido en templo gigantesco. La muerte del Padre que, tantas veces, departía con ellos afablemente ha impresionado muchísimo a estos niños; llevan también su banda de música, pero el dolor ha hecho enmudecer los instrumentos y les impone riguroso silencio.

Ahora están desfilando las juventudes católicas; ¡cuánta bendición de hombres! ¡qué de grupos nutridos, compactos! sólo el Oratorio de San Pablo ha traído 1600 Padres de familia, casi todos obreros honrados que la revolución había predestinado a quemar iglesias y hoy son cristianos modelos, prontos a dar fe de vida, dondequiera que hay un acto de afirmación religiosa. Estos admirables obreros eran la debilidad del malogrado Don Felipe Rinaldi, que inspiró y organizó la Obra de San Pablo, aún antes de ser Rector Mayor. Ningún eclesiástico se hubiese aventurado, quince años hace, a transitar por este barrio cuyos sindicatos llenos de hidrofobia anticlerical habían incendiado, en parte, la iglesia de su parroquia y ahora es tan tranquilo y tan morigerado, que la aristocracia lo ha elegido como su sector predilecto. Pero ya empieza el clero... contemos; cincuenta, ciento, doscientos, todos con sus sobrepellices blancos como la inocencia; es la guardia de honor de aquél que de inocencia vivió y se alimentó hasta la muerte. Detrás de ellos la fila solemne de los Obispos, nueve entre todos: los Exmos Sres. Emanuel, Guerra, Olivares, Perrachón, Ciceri, Rossi, Celle, Spandre, y el Excmo y Rvdmo Sr D. Maurilio Fossati, Arzobispo de Turín que ocupa la presidencia; todos van con mitra blanca propia del rito fúnebre, y negra capa pluvial.

La carroza aparece rodeada por tres filas de caballeros que se han disputado el honor de llevar las cintas del féretro y, entre ellos, vemos al Sr. Conde Rebaudengo, al Barón Sr. Manno, al Vicario General de la Arquidiócesis Mons. Cóccola, al Comendador Sr. Marongiu, al Secretario Federal del Fascismo Dr. Bertone, al Procurador General de los

Roretto; el Real Proveedor de estudios Sr. Gasparoni; el Delgado de Hacienda Sr. Callandra; el Magistrado Sr. Oddone; el Consul de España D. Alejandro Escudero y el de la Argentina D. Pablo del Pino; los Marqueses del Carretto y Eugenio Asinari de Bermezzo; el Catedrático de la Universidad Católica de Milán Dr. Ubaldi; los Coroneles del Ejército



Desfile de "los Padres de familia" del Oratorio de San Pablo.

Salesianos Dr. Tomasetti y a las dignas Autoridades provincial y municipal. Le dan escolta una sección de guardias empenachados y los maceros del Gobierno y de la Ciudad, (Valletti) hombres de elevada estatura, llenos de prestancia, que visten sombreros de copa y largas casacas galoneadas y llevan grandes escudos aplicados a su enorme hachón de cera.

Cierran, finalmente, el Cortejo los parientes carnales del difunto, en número de 27, el Gobierno General salesiano o Capítulo Superior en pleno y diversas Autoridades, figurando, entre otras, las ya citadas Prefecto y Podestá; los Comisarios Sres Lombardi, Brenci, Gioia, Russo y Virone; los Generales Ragni, Guerra, Alberti, Pintor y Petitti di

Sres. Battú y Antonioli; el Prefecto de la Basílica de Superga Mons. Bossia; Senadores y Diputados; la Orden de Caballeros de San Silvestre; los Sres. Inspectores Salesianos de Italia y algunos de España y Francia; el Alcalde de Lu Monferrato, pueblo natal del finado y el de Castelnuovo Don Bosco (1).

Es casi de noche, cuando esta magnífica, esta indescriptible apoteosis, que la ciudad de Turín ha tributado a los restos mortales de Don Felipe Rinaldi, viene a disolverse, deshaciendo el encanto a que, por espacio de dos horas y media, nos ha tenido sujetos.

(1) Por un reciente R. D. esta será, en adelante, la expresión geográfica de Castelnuovo d'Asti.

La ancha plaza de María Auxiliadora, escenario ideal de estas grandes manifestaciones salesianas, tristes o alegres, que en belleza y magestad difícilmente pueden ser superadas, vese otra vez llena de gente. El féretro, llevado en volandas, pasa rápidamente sobre un mar de cabezas destocadas y la Basílica cierra sus puertas detrás de él, apagando el canto de los últimos Responsos.

* * *

Fuera, todo ha quedado en silencio; el frío que hiela; el humo blanco de las estufas que desde los altos tejados sube derecho al cielo; la inmensa muchedumbre de la plaza;... todo, menos el busto escultórico, solemne del Beato Juan Bosco que, envuelto en la gloria de su juventud armoniosa



Desfilan los nueve obispos.

y eterna, como el bronce de que está forjado, sigue conversando, alegre y amorosamente, con los niños que le rodean y sonriendo a este pueblo bueno que, medio oculto en la faja de sombra por él proyectada, limpia sus ojos humedecidos de llanto.

LA ULTIMA NOCHE. — Ahora lo tendremos, más cerca; lo han colocado en el mismo sitio donde estuvieron los restos de Don Bosco y sus otros dos sucesores, bajo la gran cúpula de la Basílica de María Auxiliadora, iluminada y airosa, verdadero trasunto del cielo que el pincel filial de Rollini trató de pintar en ella. Ah! si no lo viéramos con los ojos cerrados por la muerte, creeríamos que un éxtasis delicioso lo tiene inmovilizado ante la imagen de Aquella a quien tanto amó en su vida y es Inspiradora y Madre de toda la Obra Salesiana.

Aquí dormirá, todavía, con nosotros *la última noche*.

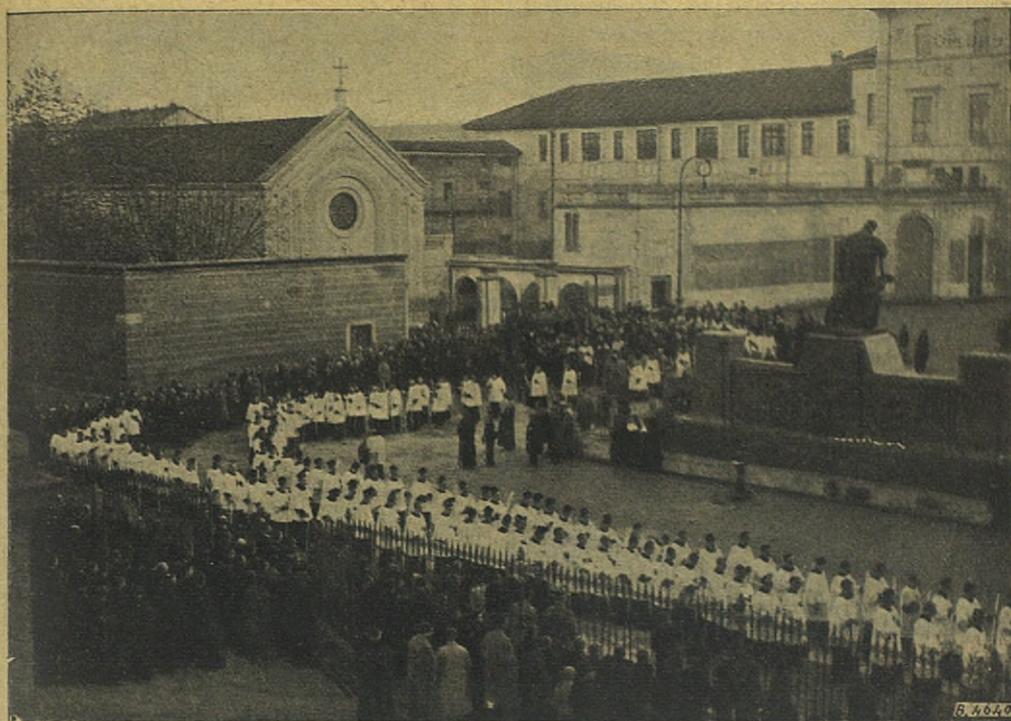
* * *

Rezamos las oraciones en torno de su cadáver. Es un acto sencillo, recogido, familiar y, por esto, es acaso el que más derechamente penetra en nosotros, hasta sacudimos el alma.

A un lado están los niños, a otro la Comunidad, crecida y más que doblada, por el enorme número de Salesianos venidos de fuera; en el presbiterio los miembros del Capítulo Superior, con huellas visibles de emoción y cansancio, pero serenos.

* * *

¡Con qué fervor se ha rezado esta noche! Todos hemos tenido el corazón en los labios y pocas veces se empleará, con más propiedad, esta figura retórica; el corazón que se siente herido y pide consuelo; que se ve abandonado y busca calor; que se ve colmado de favores y muestra férvido y palpitante su gratitud.



El clero con sus sobrepellices blancos.

Llegado el momento de las *Buenas noches* — costumbre patriarcal y encantadora, toda nuestra — centenares de ojos se fijan, alucinados, en el féretro, creyendo, tal vez, que por un prodigio de inercia, la dulcísima figura del Padre va a moverse para hablarnos, en esta hora de las santas efusiones en que siempre solía hacerlo, pero la muerte ¡ay! jamás suelta su presa y, cuando vemos que es D. Pedro Ricaldone el que se adelanta, se hace en toda la iglesia un silencio trágico.

Con palabras oportunísimas, impregnadas de sentimiento, explica nuestro Prefecto General la razón del triunfo a que acabamos de asistir. « Don Bosco, dice, escribió estas palabras: — cuando un salesiano sucumba o cese de vivir trabajando por las almas, decid que nuestra Pía Sociedad ha alcanzado un gran triunfo ». Las pruebas de afecto que pueblo, Prelados y Autoridades acaban de tributar a nuestro llorado Rector Mayor, confirman plenamente esta profecía del Beato Juan Bosco.

Tuvo D. Felipe Rinaldi, en grado eminente, espíritu de oración, dotes de gobierno, paternidad, exquisito sentido práctico, pero

antes que esto y por encima de esto, fué un trabajador infatigable a quién sólo ha podido rendir la muerte. Trabajar por las almas era su delicia, y fué él quién pidió y obtuvo del Santo Padre aquella preciosa distinción, que nosotros llamamos *la Indulgencia del trabajo*, en virtud de la cual, Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, con sus Cooperadores, Alumnos y Ex-alumnos, pueden, con gran facilidad, en medio de sus trabajos, hacerse santamente ricos.

Ya que hemos recibido este preciado regalo de manos de nuestro querido Rector Mayor, recibamos en esta hora solemne sus ejemplos, y hagamos que revivan y arraiguen en nuestra conducta ».

Una lección de cosas dicha tan sentidamente en presencia de aquellos restos queridos, no podía a menos de producir su efecto y nos retiramos a descansar, con un vivísimo deseo de inmolarnos para que, en todos y en cada uno de los salesianos, se verifique la profecía del Beato Juan Bosco.

FUNERAL Y ENTIERRO. — El Santuario de María Auxiliadora está colgado todo él de paños negros; columnas, cornisas, puertas,



En la plaza de María Auxiliadora.

balaustradas, hasta la altísima baranda circular de la cúpula ostenta fúnebres crespones. Dondequiera que uno mira, tropieza con emblemas de dolor y trofeos de muerte.

Todo se halla dispuesto para el funeral; en el presbiterio, que está imponentísimo, el Sr. Arzobispo, Mons. Fossati, sentado en su alto trono, ha terminado las oraciones preparatorias para la misa Pontifical, que va a ser asistida por los Excmos Sres Obispos Guerra, Olivares, Emanuel, Rossi, Ciceri y Perrachón. Una doble corona de pequeños escolares, revestidos de sotana y roquete, separa el presbiterio del público.

Es inútil buscar sitio en el templo, porque no se cabe, ni siquiera de pie.

Los Superiores de la casa, las Representaciones diversas, los Provinciales y Superiores religiosos de Turín, los parientes del difunto, presididos por su hermano Juan, también sacerdote salesiano, las autoridades, en fin, eclesiásticas, civiles y militares, llenan, por completo, los bancos de honor que rodean el catafalco, pobre y sencillo, en medio de tanta magestad y grandeza.

* * *

Son las 10 y empieza la misa Grave y magestuoso el órgano, con sus notas opacas

y sonoridades profundas, y potente y disciplinado el coro compuesto de más de 200 voces ejecutan la patética e insuperable Partitura gregoriana. El *Requiem*, el *Dies irae*, todas las estrofas de este inmenso poema musical de nuestra liturgia que ora gimen, ora llenan de pavor el espíritu, se suceden, unas a otras, con una fuerza emotiva y un fervor religioso que subyugan.

Poco a poco todo el ambiente del templo, saturado ya por el olor del incienso, empieza a agitarse en una especie de vibración mística. Las ondulaciones melódicas bajan de las tribunas, llenas de misterio y pasan, acariciadoras, sobre los fieles, como alas invisibles de serafines.

Ya Jesús ha bajado al altar, tribunal de misericordia; su Corazón divino, océano infinito de consuelo, ha recogido ya las súplicas que miles de almas le han dirigido. La piedad de los hijos está satisfecha y se dispone a pagar el último tributo, que es el más triste.

El día también se ha puesto a tono con la ceremonia. Ayer, durante el Cortejo, un cielo resplandeciente y azul como regio dosel de triunfo; hoy una nube fea y opresora, que amenaza resolverse en nevisca.

Terminadas las Exequias y cantado el



Ultimo Responso.

último *Oremus*, pónese en seguida en marcha la comitiva que ha de acompañar a nuestro Rector Mayor a su última morada.

Esta ya no será Valsállice, porque retirados de allí los restos glorificados del Beato Juan Bosco y próximos, acaso, a retirarse los del Siervo de Dios Don Miguel Rua, pierde su atractivo; la humildad de D. Felipe Rinaldi, por otra parte, previno esta contingencia, pues dicen que cuando se inhumó allí el cuerpo de su antecesor D. Pablo Albera, dijo estas palabras: *Ahora basta*.

Irán pues sus restos al cementerio, al panteón familiar salesiano, donde le esperan más de doscientos religiosos; y en medio de esos hijos queridos descansará mejor.

A las 11,30 sale la carroza fúnebre, que es la misma de ayer. Delante van representaciones de todos los Colegios y Oratorios salesianos; detrás el Rvdmo Sr. D. Pedro

Ricaldone con los demás miembros del Capítulo Superior, el sacerdote D. Juan Rinaldi hermano del difunto, el Capítulo Superior de las Hijas de María Auxiliadora que, como nosotros, lloran la pérdida de un Padre celosísimo y de un Consejero incomparable; los Superiores e Inspectores, Autoridades, Representaciones y enorme público.

El Obispo salesiano Excmo Sr. Olivares, que esperaba en el cementerio, apenas llegado el féretro, le da la bendición. Acto seguido, D. Pedro Ricaldone, en medio del silencio y de la conmoción general y, después de un breve y tierno saludo del P. Colombo, en nombre de todos los salesianos ausentes, reza el *De Profundis* y los restos venerados bajan al osario, no lejos de la capilla familiar y en espera de que una segunda capilla se levante sobre ellos.

Una gran piedra de granito cierra la fosa y una mano delicada ha colocado en ella un enorme manojito de rosas y violetas, con una ancha cinta blanca, donde, escritas con oro, se leen estas tres palabras: *Al Padre buono*.



¡Descansa en la paz del cielo

Sea cual fuere la suerte que el tiempo haga correr a esta cinta y a esta lápida, es necesario que las tres palabras de oro no desaparezcan, porque son el retrato del Tercer Sucesor de Don Bosco.

Adiós, *Padre bueno*, descansa en la paz del cielo. Tus hijos no te olvidarán nunca.

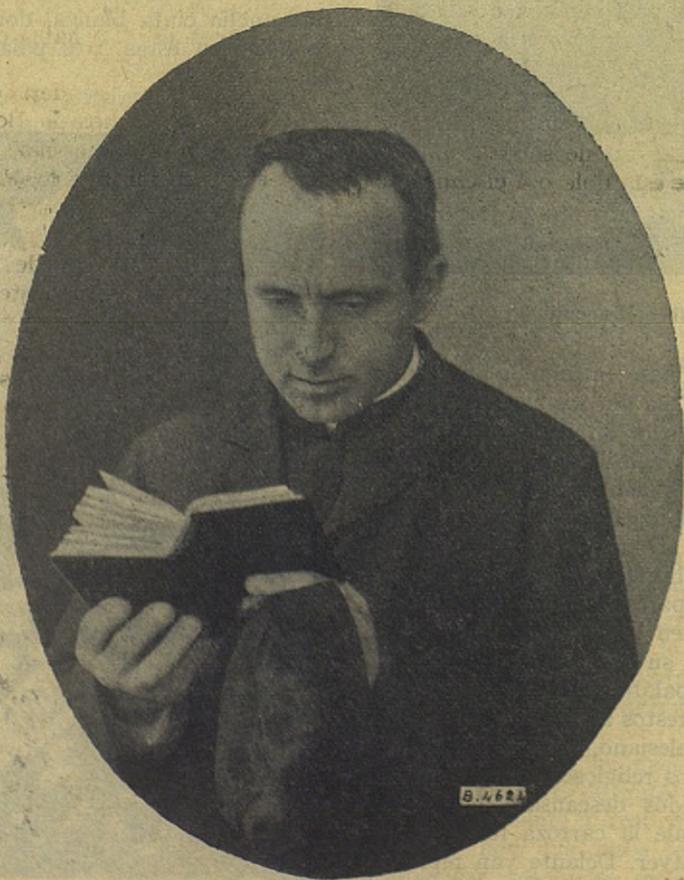
Lluvia de pésames.

Han llovido, materialmente, de toda Italia y de todas las partes del mundo. El Santo Padre ha enviado uno sentidísimo, el Rey, Príncipes, Ministros, Cardenales, Obispos en número de más de ochenta, Superiores de Ordenes religiosas, Representantes de naciones, títulos y dignidades de todos los órdenes, Asociaciones de Cooperadores y Ex-alumnos, Colegios, Entidades, etc;... Tomado, en conjunto, este formidable plebiscito de adhesión y cariño a la Obra Sale-

siana, en la persona de su difunto Rector Mayor, es algo que conmueve y, más que conmueve, anonada, por su grandiosidad y por su enorme valor representativo.

De entre esta montaña de cartas y telegramas, son muchos los que podríamos entresacar y dar a conocer a nuestros lectores, no sólo por los términos en que están redactados, desbordantes de verdadero dolor y afecto, sino también y principalmente, porque reflejan, de manera maravillosa, las distintas modalidades del alma bellísima de Don Felipe Rinaldi.

Renunciamos, sin embargo, a esta satisfacción, ante la dificultad de hacer de ellos una selección completa, sin incurrir en omisiones sensibles. Cuando se haga la Biografía de nuestro llorado Rector Mayor será este un material precioso, para poner de relieve la estimación general de que gozaba, en todas las esferas de la sociedad.



A los 36 años - El Inspector de España.



Lu (Monferrato), pueblo natal de D. F. Rinaldi.

ALGO DE SU VIDA

Trabajos y conquistas de un largo apostolado.

Cuando se tiene el corazón destrozado y los ojos empañados de lágrimas, no es tarea fácil evocar una vida, como la de D. Felipe Rinaldi, llena de una admirable actividad febril, inspirada en los más puros ideales del Beato Juan Bosco, ni ello sería posible, aún prescindiendo de esta dolorosa circunstancia, porque no disponemos de tiempo y espacio suficientes para exponer, en un cuadro completo, todo el enorme trabajo de sus cincuenta años de apostolado.

UN VIVERO DE VOCACIONES. — Así debe llamarse su pueblo natal Lu (Monferrato), donde nació el día 28 de Mayo de 1856.

Desde el trono de su riente colina, reina sobre una extensa comarca cuajada de viñedos y cuenta con unos 4.000 vecinos, de una sanidad moral tan prodigiosa, que apenas se encontraría allí una familia que no tenga un hijo consagrado a Dios. 41 Salesianos y 118 Hijas de María Auxiliadora, amén de algunos centenares de sacerdotes seculares y religiosos de varios Institutos; he aquí la santa y bendita cosecha de este encantador *vivero de vocaciones*. En nuestra Congregación hay, actualmente, nada menos que 17 individuos, entre salesianos y salesianas, que llevan el apellido Rinaldi, todos procedentes de Lu.

Don Bosco debió hacer en aquel pueblo una siembra muy abundante, pues que lo visitó veintiséis veces, casi siempre de jira con sus pilluelos de Valdocco y, en una de

aquellas jiras, conociólo, precisamente, por primera vez, el que había de ser, más tarde, su *Tercer sucesor*.

He aquí como lo refería él mismo, un año hace, a los alumnos de Borgo San Martino: « Cuando yo era pequeño, recuerdo que un día entró en mi pueblo una Banda de música, como la vuestra, detrás de la cual iban varios sacerdotes y aquello me hizo mal efecto, porque detrás de los músicos sólo acostumbraba ir la gente chabacana; impresionóme no obstante agradablemente la alegría de aquellos niños y más cuando ví que a uno de los sacerdotes, más risueño que los otros, corría todo el mundo a besarle la mano. Ante aquel espectáculo que tal vez fué el principio de mi vocación, dije para mí: *Este sacerdote debe valer más que un obispo*. Después supe que era Don Bosco.

VACILA Y SE HACE SALESIANO. — A los 10 años ingresó en nuestro Colegio de Mirabello y allí tuvo ocasión de tratar, muchas veces, familiarmente con aquel sacerdote que tanto le había llamado la atención, en medio de aquella alegre caravana de músicos.

En seguida comprendió que era un gran santo, y hasta vió en él algo sobrenatural. « Una de las veces que fuí a confesarme con Don Bosco, refirió en cierta ocasión, observé en su rostro un resplandor, como el que suelen poner los pintores en torno de la cabeza de los santos ». ¿Sería una voz de Dios? ¡quién sabe! lo cierto es que antes de ter-



Homenaje grandioso

minar sus estudios y cuando había llegado el momento de resolver sobre su vocación, dejó Rinaldi el Colegio, sin que jamás se haya sabido la causa de ello, y volvió a su casa, para ocuparse en los negocios del padre.

Su conducta en el pueblo fué siempre tan ejemplar que a los 18 años, le nombraron Prioste de la Hermandad de San Blas, distinción que sólo se otorgaba a los mejores.

Don Bosco, sin embargo, que había tenido en sus manos aquel corazón de angel, no lo perdió nunca de vista; él que, ilustrado por la luz de lo alto, leía el porvenir de las almas, no ignoraba seguramente que el joven Rinaldi era uno de los destinados a sucederle, y autoriza a creerlo así la insistencia con que siempre siguió sus pasos. Le hizo hablar por varias personas, envió a su casa a uno de sus sacerdotes para que le ayudase a vencer las últimas dificultades y, finalmente, él mismo en persona obtuvo que se decidiese a seguir la carrera sacerdotal y hacerse salesiano.

RAPIDA ASCENSION. — Trazado ya su porvenir, de un modo irrevocable, ingresó en el Noviciado, y el 13 de Agosto de 1880 hizo su profesión religiosa, en San Benigno Canavese. Como su cultura era más que regular y, desde pequeño, había dado muestras de poseer una inteligencia excepcional, ágil y despierta, los estudios sacerdotales pudo hacerlos en el breve periodo de dos años, cosa entonces permitida por los Sagrados Cánones, cuando en los candidatos al sacerdocio concurrían las circunstancias que se daban en el joven Rinaldi. Por esto, el 23 de diciembre de 1882 tuvo el inefable consuelo de subir, por vez primera, al altar, ordenado por el Illmo Sr. Obispo de Ivrea Mons. Riccardi.

Don Bosco que, en aquel novel sacerdote de 26 años, vió ya el hombre de maduro criterio, lo eligió entre todos los que con más edad y experiencia le rodeaban, para dar realidad a uno de sus más originales pro-



El pueblo en masa.

yectos, la formación para el sacerdocio de las vocaciones tardías, la institución de los llamados *Hijos de María*. Hoy aquel pensamiento de Don Bosco se ha abierto camino, no sólo en Italia, sino también en Francia, Alemania y dondequiera que la falta de obreros evangélicos se deja sentir, pero entonces era una aventura atrevida, una anticipación del porvenir y tuvo que vencer no pocos obstáculos. Si al fin triunfó y obtuvo, desde sus comienzos, frutos hermosos y abundantes, debióse, en gran parte, al temple fuerte y humilde de D. Felipe Rinaldi, no menos que a la paternidad con que supo modelar el corazón de aquellos excelentes jóvenes.

Tan a satisfacción debió ejercer aquel cargo en Mathi Torinese, que, cuando los Hijos de María fueron trasladados al Colegio de San Juan Evangelista de la capital, les siguió también su Director.

Allí al lado de D. Bosco y en intimidad

con él, tanto que este le hizo asistir no pocas veces a las deliberaciones del Capítulo Superior, D. Felipe Rinaldi bebió, a raudales, el espíritu que debía animar toda su vida de apóstol.

REPRIMENDA ORIGINAL. — Un sacerdote que todavía vive y, en aquella época, era maestro en el citado Colegio de San Juan Evangelista, refiere un episodio que demuestra hasta que punto su joven Director, se había asimilado los originales y encantadores procedimientos educativos del Beato Fundador.

Exasperado el tal maestro por la contumaz insolencia de un alumno, perdió, en cierta ocasión, los estribos, y abandonó su clase, cosa que el educador salesiano tiene absolutamente prohibida.

Fué, en seguida lleno de coraje, a dar sus razones al Sr. Director que, en aquel momento, estaba para salir de casa y éste, por toda contestación, díjole tranquilamente:

«toma tu sombrero, que vamos a dar un paseo». Obedeció, extrañado y receloso, el encorajinado maestro, subieron ambos en la diligencia de la vecina ciudad de Chieri, hicieron unos encargos, visitaron luego con el mayor sosiego la magnífica catedral, cuyas bellezas el buen Padre iba ilustrando, y volvieron a casa. En todo el viaje, ni una pregunta, ni un reproche, ni una remota alusión, sólo palabras de cordialidad y buen humor.

El maestrillo que había salido del Colegio al rojo vivo, fué perdiendo calorías, durante el paseo y, apenas regresaron, expresó conmovido su agradecimiento por la caridad y la santa prudencia de su Director. Aprendió, además, a corregir pacientemente a sus alumnos, como le habían corregido a él.

EN ESPAÑA. — En 1889, a raíz de la muerte de Don Bosco, su santo sucesor Don Miguel Rua envióle a España, como el hombre más indicado, para ser caudillo y organizador del apostolado salesiano, en la noble y cristianísima nación que, ocho años antes, en la alegría de los vergeles andaluces y, precisamente, en la mariana ciudad de Utrera, había regalado su primer surco caliente y fecundo a la humilde sementera salesiana que tan ricas y exuberantes cosechas estaba destinada a producir.

Llegó a Sarriá (Barcelona) el nuevo enviado del Rector Mayor y, en cuanto se hizo cargo de la dirección de aquella casa, adueñóse, de tal manera, de la voluntad y del corazón de sus subordinados, a pesar de las dificultades de la lengua, para él desconocida, que no pocos de los alumnos y salesianos que entonces allí se hallaban, aún hoy no aciertan a explicarse el santo poder de sugestionar las almas que había en aquella manera de mirar, en aquella palabra y en aquella sonrisa. Las penas más hondas, las preocupaciones más tenaces, los nubarrones más sombríos desaparecían con un gesto suyo, muy característico y muy paternal, y con un *Eh! la! sabes!*... que, en su manera de decir medio italiana, le brotaba graciosamente de los labios.

De ordinario no se necesitaba más; nadie era capaz de resistir aquel fascinante razonamiento monosilábico y aquel ademán dulcísimo y, sin saber como ni por que, todos volvían, animados y confortados, a la briega de su trabajo diario y a la lucha con sus pasiones.

ES NOMBRADO INSPECTOR. — Como las casas de España se multiplicaban, rápidamente, y las demandas de nuevas fundaciones eran abrumadoras, hubo necesidad de erigir allí una Inspectoría, recayendo en él el nombramiento de Inspector, en 1892 y extendiéndose su jurisdicción, poco más tarde, hasta Portugal.

No es fácil dar una idea del enorme trabajo que tuvo que desarrollar el buen Padre, para atraer las miradas sobre la, entonces, desconocida Congregación Salesiana y, tan plenamente lo consiguió, que, aún las Autoridades mas elevadas se complacían en visitarle y otorgar a su obra señalados favores, y las personas pudientes disputábanse el honor de ingresar en la Asociación de los Cooperadores Salesianos, distinguiéndose entre ellos, aquella dama extraordinaria que se llamó Dña Dorotea de Chopitea, poseída de una gran veneración por D. Felipe Rinaldi. Cuando en Marzo de 1926 visitó él por última vez a su querida España, recordando la caridad heroica y las sublimes virtudes de aquella ilustre dama, dispuso que se incochara en Barcelona su proceso de beatificación. Este hecho, que él consideraba como un deber de gratitud y de justicia, y el impulso dado a las obras del templo del Sgdo Corazón de Jesús en el Tibidabo, fueron dos grandes alegrías que se llevó a Italia.

Pruebas evidentes de su enorme labor y de la sabia y firmísima trabazón de toda aquella incipiente arquitectura salesiana, por él proyectada y orientada hacia un porvenir de grandeza, son: la necesidad que hubo de descargar sobre tres Inspectores el peso que él sólo había llevado hasta que lo elevaron al Capítulo Superior, y el número considerable de salesianos españoles, por él formados, en la más austera observancia religiosa, y la extensa red de simpatía y cooperación establecida en toda la península, y las diez y nueve casas por él fundadas, en sólo diez años. Para juzgar de la solidez de su obra, basta considerar el desarrollo maravilloso de algunas de esas casas, como la de Artes y Oficios de Sarriá, donde han modelado su corazón millares de obreros cristianos y donde se hacen hoy trabajos de un gusto y de una perfección difícilmente superados, y el tan acreditado Colegio de Utrera, plantel inagotable de hombres de carrera, que dignifican las magistraturas de la nación

y llevan, a los puestos de mando, el oxígeno confortante de la piedad cristiana.

No, Padre Rinaldi; las huellas de tu paso por España el tiempo no las borrará jamás y el recuerdo de tu figura, dulce y acogedora, seguirá grabada en el alma de los españoles que te conocieron, como grabada tenías en la tuya la devoción fervorosa de aquellos buenos hijos, hacia tu persona, porque de tu pluma y de tu corazón salieron estas palabras de la última Circular que, como un

En este nuevo cargo, de enorme sacrificio y tremenda responsabilidad, donde se reciben y contrastan las actividades más dispersas y los asuntos más delicados, Don Felipe Rinaldi tuvo ocasión de ir madurando, poco a poco, los vastos ideales acariciados en su juventud.

Allí aprendió, mejor que en ningún otro sitio, a ejercitar esa amplitud de visión, tan necesaria para quién estaba destinado a regir una Institución educadora y misionera.



“Posando” con los primeros Novicios españoles.

testamento, dejaste escrita para que se enterase el mundo entero: « Os pido la caridad de vuestras especiales oraciones por la España católica tan fieramente perseguida, en estos tiempos, porque yo siento un gran cariño por aquella nación, a causa de mi larga permanencia en ella que me permite apreciar toda la gravedad de sus presentes infortunios.

PREFECTO GENERAL. — Llamado en 1901 por D. Miguel Rua a trabajar en un campo de acción mucho más vasto, ejerció, durante más de veinte años, el cargo de Prefecto General.

de profunda originalidad y de espíritu de apostolado, cada día más potente y difuso.

Todo aquel torbellino de ocupaciones y aquella balumba de iniciativas hallaron el ánimo del nuevo Prefecto General perfectamente preparado y tranquilo, y con una capacidad de sacrificio enorme. El supo, en todo tiempo, conformar su pensamiento, su corazón y su voluntad con la voluntad, el corazón y el pensamiento del santo y heroico D. Miguel Rua, primero, y del piadosísimo Don Pablo Albera, después, en los que, con sencillez y docilidad de niño, veneraba la persona del Beato Juan Bosco.

Y en medio de aquella vida de agitación

y de trabajo, todavía hallaba tiempo para ejercer, durante horas y horas, el ministerio de la confesión donde su espíritu se templaba y se disponía a la compasión y a la generosidad, adquiriendo un gesto cada día más paterno. Se cuentan por centenares los que buscaban anhelantes el bálsamo de su palabra, siempre llena de prudencia, de bondad y caridad.

LA HUELGA DE «LA POMA». — Un hecho demostrativo del predominio que el Prefecto General de los Salesianos había llegado a adquirir en los medios sociales de Turín y que, divulgado por la prensa, llamó extraordinariamente la atención en toda Italia, es la huelga de la Poma (Sociedad de manufacturas de algodón) que se arregló, después de mucho tiempo, gracias a su mediación personal entre patronos y obreros, y cuando el fracaso de las autoridades civiles y políticas la había llevado a un grado de exaltación peligrosa.

LOS EX-ALUMNOS. — Obra meritísima de este periodo que estamos reseñando, ante la cual todos los encomios serían pocos, es la organización de los Ex-alumnos de todo el mundo, mediante la cual viene a perpetuarse, en la sociedad, esa *familia salesiana*, que ha pasado su infancia entre las paredes del Colegio, canalizándose y aprovechándose enormes reservas de fuerza. A propósito de esta obra importantísima, escribí el que ahora es Presidente de la Federación Internacional, D. Félix Masera... «Por esta fe tenaz, indefectible, en el porvenir de nuestra acción, D. Felipe Rinaldi puede muy bien llamarse el fundador de la organización de los Ex-alumnos. Históricamente esta Asociación se remonta a Don Bosco, pero lo que entonces había eran grupos disgregados que actuaban, sin la más elemental solidaridad. Existían los Ex-alumnos de este o de aquel Colegio, pero no los Ex-alumnos de Don Bosco; su organización era embrionaria, limitada, a veces sin más aglutinante que una mera atracción sentimental.

Fué Don Felipe Rinaldi quien ensanchó su campo y concentró en un solo círculo de acción las dispersas agrupaciones, reforzando en ellas el vínculo común de la educación salesiana y haciendo que el afecto y el reconocimiento sentidos hacia tal o cual superior, se trocaran en reconocimiento y afecto hacia

toda la Congregación, consiguiendo, en fin que todas esas unidades que actuaban dispersas y que, por esto mismo, eran débiles e infecundas, *se organizaran* para convertirse en fuerza.

Esto hace que Don Felipe Rinaldi sea, para todo Ex-alumno, no sólo la personificación dulce y querida de Don Bosco, no sólo la sublimación de la persona del Director de su antiguo Colegio, no sólo la voz de la gran familia salesiana, que es también *nuestra familia*, por la comunidad de los afectos y de los recuerdos y por la participación en sus ideales y en su vida espiritual, sino el hombre excepcional que tuvo el mérito de intuir la grandiosidad y nobleza de este movimiento de los Ex-alumnos, el hombre que obstinadamente trabajó para obtener que sus Asociaciones pasasen, de la condición de nebulosas, al estado perfecto de organismos».

El Rector Mayor.

Con la más íntima y universal satisfacción fué acogido su nombramiento, en virtud de los votos unánimes del Capítulo General.

El día 24 de Abril de 1922 fué señalado por todos como una de las fechas memorables de nuestra Congregación, y los nueve años y siete meses de su gobierno han superado los más generosos optimismos. Bastará hacer una síntesis de los hechos más salientes:

LA POST-GUERRA. — Toda la vida en Italia estaba profundamente convulsionada; la economía del mundo deshecha y escaso, por consiguiente y casi nulo el socorro de los Cooperadores; roto, por los años de guerra, el ritmo de la formación de personal salesiano; la Congregación poco menos que diezmada por los que cayeron en el frente y a todo esto las puertas de nuestros Colegios asediadas por nubes de huérfanos y necesitados. Perdidos los apoyos, disminuidos terriblemente el personal y los recursos, aumentadas las necesidades y cerrados los horizontes. He aquí el espantoso panorama que encontró D. Felipe Rinaldi, al empuñar las riendas del gobierno de la Congregación. Vaciló? se acobardó? De ningún modo. Uno de sus grandes méritos fué, precisamente, la rapidez y seguridad de su golpe de vista, la firmeza de su pulso, la calma impertur-



Rodeado de la distinguida familia Tejera, emparentada con Dña Dorotea de Chopitea.

bable de su espíritu, en aquellos días difficilísimos, de la post-guerra.

Puesta su confianza en el cielo y siguiendo, tenazmente, la ruta trazada por Don Bosco a sus sucesores, no solamente sorteó los escollos, sino que preparó a la Obra salesiana una era de grandeza no sospechada. Cuando la revolución carbonaria sacudía de punta a punta todo el reino de Italia, José De-Maistre decía a sus compañeros de ministerio: «La tierra tiembla y vosotros pensais en edificar». Lo mismo debió decir al nuevo Rector Mayor la voz de la prudencia humana y, no obstante, él edificó y ¡de qué manera!

Las ruinas de la guerra fueron, en breve tiempo reparadas, asilados confortablemente centenares de huérfanos de guerra, poblados de nuevo noviciados y estudiantados y penetradas por nuestra obra algunas naciones de Europa que hasta entonces habían tenido cerradas sus puertas a los Religiosos.

LOS ORATORIOS FESTIVOS. — Recibieron de él un impulso formidable Jamás dejó

de insistir para que en ninguna de nuestras casas falte esta simpática forma de actividad salesiana, que es la más importante y la más característica.

LA BEATIFICACION DE DON BOSCO. — Lograda por él la erección del gran monumento del Padre, en medio de dificultades inauditas, consagró toda su inagotable constancia a conseguir cuanto antes su beatificación y Dios le concedió el inmenso consuelo de presenciar el ambicionado triunfo.

Aunque sólo existiera este hecho en su haber de Rector Mayor, el nombre de Don Felipe Rinaldi pasaría a la posteridad, consagrado por el agradecimiento de la gran familia salesiana.

LAS MISIONES. — Son, a no dudar, uno de sus más grandes títulos de gloria, y el impulso que de él han recibido raya en lo inverosímil.

Llevado de su compasión por las almas de los pobres infieles y ganoso, como todo

buen hijo de Don Bosco, de secundar, hasta la renunciación y el sacrificio, los ardientes deseos del Santo Padre Pío XI, ha sabido despertar un fervor misionero tan grande, en toda la Congregación, que resulta ya incontenible.

La espléndida Cruzada misionera llevada a cabo, en grande estilo; la Exposición misionera de 1924, visitada por más de doscientas mil almas; la fundación de la preciosa revista « Juventud misionera », las expediciones continuas de socorros y de sacerdotes en número que rebasa anualmente los 150, y las nuevas misiones del Chaco Paraguayo, Puerto Velho (Brasil), Alto Luápula (Congo), Miyazaki (Japón), Rajaburi (Siam), Krishnagar, Madrás y North Arcort (India), todo esto es obra suya.

LAS CASAS DE FORMACION. — Penango con 190 alumnos, Ivrea con 200, Bagnolo con 180, Gaeta con 50, Cumiana con 100, Rebaudengo con 100, Castelnuovo Don Bosco con 40, Moglia con 70, Astudillo (España) con 120, Shrigley (Inglaterra) con 160; he aquí los magníficos planteles de misioneros que él ha fundado, algunos de ellos

levantados de nueva planta con sujeción a los más refinados criterios modernos, y con miras a dejar plenamente satisfechas las diversas exigencias de cada misión.

Como si esto fuera poco, todos los noviciados y estudiantados están ahora mismo repletos de futuros apóstoles. ¡Es una bendición!

LAS ASOCIACIONES. — Obra suya es también la de los *Padres de familia* que, en los Oratorios festivos está llamada a hacer un gran bien y, con sus recientes *Congresos de Compañías*, supo inyectar, nueva vida en las Asociaciones infantiles tradicionales de nuestros Colegios que son (como decía Don Bosco) el termómetro de la piedad.

LAS HIJAS DE MARIA AUXILIADORA. — Las atendió, con solicitud y delicadeza propias de un Padre, ayudándolas con su consejo y prestándoles la palanca de su genio organizador. En los momentos en que el Instituto se preparaba, a sí mismo, una forma autónoma y administrativa, hallaron en la mano experta de Don Felipe Rinaldi el impulso que ellas necesitaban para poder lan-



En medio de sus "Chavcas" de Málaga.

zarse, a fondo, como los Salesianos, a la conquista espiritual de la juventud.

Las Hijas de María Auxiliadora saben muy bien lo que han perdido.

INCREMENTO GENERAL. — Está a la vista de todos, el incremento y progreso de nuestra

Congregación, en estos diez años últimos y, si no fueran suficientes para evidenciarlo los numerosos datos que acabamos de exponer, sólo bastaría consignar que: *las casas abiertas en estos dos últimos lustros pasan de 250, y los salesianos han aumentado en más de 4000.*

Pinceladas para su Retrato.

Toda esta bella y enorme florescencia de obras que acabamos de reseñar nacía, como es natural, de una fuerza impulsora, y de un principio animador, y era su santidad.

No faltará, seguramente, el biógrafo que la ponga bien de manifiesto, detallada y documentalmente, sacándola de las intimidades en que la humildad de su vida quiso tenerla recluida. Nosotros no podemos hacer otra cosa que anticipar algunos datos, poco o nada conocidos, que pintan al *religioso ejemplar*.

LA CAMPANA DEL COTTOLENGO. — Visitaba un día nuestro malogrado Rector Mayor al venerable eclesiástico que dirige este prodigioso hospital, contiguo al Oratorio salesiano, y después de haber hablado de generalidades, pues la visita tenía sólo carácter de delicada atención, díjole: «Yo debo a esta casa un gran favor». — ¿Vd? será posible? — Como lo oye, la campana de Vdes me sirve de despertador, hace más de treinta años, por cierto que tal día — y citó una fecha — no la oí. Era muy cierto; la campana que, invariablemente, toca a las 4,30 de la mañana, aquel día estaba en reparación y no tocó.

Jamás, ni en las noches más crudas del invierno turinés, con temperaturas que han descendido en ocasiones a 20° bajo cero, dejó D. Felipe Rinaldi de hallarse en el altar a las cinco en punto, todos los días.

Don Bosco, al ser ordenado sacerdote hizo, entre otros propósitos, el de no dormir más de cinco horas y bien puede asegurarse que su tercer sucesor le imitó también en esto. Los hombres de su temple, que se sienten devorados por la llama del cielo, temen, en efecto, que las horas dadas al sueño sean horas robadas a las almas, y no vacilan en someter sus nervios y su cerebro

a un mñimum de reposo, que siempre es una ruda mortificación y, muchas veces, un verdadero martirio.

LA MANO QUE APRIETA LOS CORAZONES. — Así definió la elocuencia Barbey d'Aureville. ¿Era elocuente Don Felipe Rinaldi? sí, aunque no era orador. No tenía ni el movimiento, ni el gesto, ni la vibración oratoria indispensables para imponerse a las grandes masas, ni él se preocupó jamás de tenerlos.

El padre que, en la intimidad del hogar, hablara a sus hijos con artificio retórico, sería un mónstruo de pedantería. Don Felipe Rinaldi fué siempre el padre que alecciona, que guía y aconseja; por esto su voz era paternal, hecha toda ella de esa áurea sencillez, que corre limpia como las aguas de un arroyuelo, y de esa caridad salesiana y evangélica que seduce y conquista las almas. Por esto decimos que era elocuente.

Lo era porque, en vez de hablar, esculpía; lo era porque, en cada palabra ponía un trozo de su alma, haciéndola salir de los labios troquelada y hecha fuego; lo era porque, al escuchar sus bellas exhortaciones y conferencias, se sentía, en la carne viva del corazón, el contacto cálido y palpitante de esa mano, de que habla Barbey d'Aureville, apretando y comprimiendo, hasta hacer saltar la sangre de los afectos y de los propósitos.

SUBDIACONO IMPROVISADO. — Su humildad no tenía límites y, de tal modo había infiltrado toda su naturaleza esta virtud, que hasta en el exterior de su semblante, había dejado huellas. ¿Quién no recuerda aquel mirar dulce y sumiso y aquella cabeza mansamente inclinada y aquellas manos recogidas sobre el pecho?

Uno o dos años haría que había sido nombrado Inspector de España.

En la iglesia de Sarriá sólo se le había visto officiar en las más grandes solemnidades, pues una sabia táctica salesiana dispone que se fomente la paternidad de los superiores reservándoles, en las casas, los papeles más simpáticos y honoríficos.

Celebrábase una misa cantada y hacía ya una buen rato que esparaban a uno de los ministros; el Sr. Inspector se entera, va a la sacristía y sale, a los pocos momentos, revestido de subdiácono, con aquel porte grave y magestuoso que le era habitual.

El caso, por lo insólito, hizo a todos una impresión enorme y dejó en el Colegio un perfume de humildad que aún se recuerda.

En las fiestas de *la Santa Sindone* celebradas, recientemente, en Turín de un modo solemnísimo, fué invitado el Rector Mayor de los Salesianos a ocupar, en la catedral, uno de los más altos sitios de honor. Acudió pero disimuladamente, supo hallar la manera de arrinconarse; gozaba visiblemente siempre que podía pasar desapercibido.

Era tanta su humildad que, a veces, pedía su parecer a súbditos muy modestos, sobre asuntos de relativa importancia.

DOS TABLAS PRECIOSAS. — Debieron serlo para él, pues nunca permitió que se las tocaran. Se trataba de dos hojas de madera vieja de embalar que, hasta última hora, conservó al pié de su cama y, todas las veces que intentaron sustituirlas por una humilde esterilla, se opuso del modo más terminante.

Quería conservar en su celda toda la austera pobreza de sus antecesores; en su celda y en todo, porque las ropas personales que se le encontraron estaban hechas una lástima de puro viejas y remendadas, especialmente unos elásticos que a, fuerza de multiplicadas reparaciones, que él mismo había hecho sirviéndose de cintas y cuerdecillas, llegaron a perder su forma primitiva.

No quería calefacción y, cuando por imposición de los médicos se le instaló un radiador eléctrico, él procuraba siempre mantenerlo en la temperatura más baja, a fin de evitar gasto de fluido.

Para sus apuntes particulares, empleaba las medias hojas sobrantes de las cartas que recibía, los sobres usados vueltos al revés, las fajas de periódicos, tratando así de limitar los dispendios de papel. Se le enterneecía el

corazón cada vez que pensaba en los sacrificios que se imponen muchos buenos Cooperadores, para ayudar a los pobres Hijos de Don Bosco y este pensamiento estimulaba, aún más, su espíritu de pobreza que llegó a ser heroico.

DON BOSCO LO HACIA ASI. — ¿Qué diremos de su paciencia en escuchar a todos los que solicitaban hablar con él? Centenares y millares de personas desfilaban por su despacho, salesianos y extraños que llevaban allí la voz de las necesidades, de las miserias, de las esperanzas y de la veneración filial de todo el mundo, y de aquella modesta estancia, verdadero santuario lleno de símbolos y recuerdos de los más puros amores salesianos, no había uno que no saliera con resplandores de consuelo en el semblante.

No era posible acercarse a él y hablarle, sin sentir una atracción santa y divina y, mientras los labios besaban su mano, el alma sentía un deseo irresistible de extenderle los brazos.

Entre las personas que acudían a su antecelara, no era raro ver a humildes mujeres del pueblo, pobremente trajeadas, que iban, unas a pedirle socorros y otras a entregárselos, a depositar en sus manos el pequeño óbolo reunido a fuerza de largas y heroicas economías.

Si alguna vez sus hijos trataban de librarle de ciertas visitas que a ellos les parecían poco necesarias o poco oportunas, él se oponía diciendo: « Don Bosco lo hacía así ».

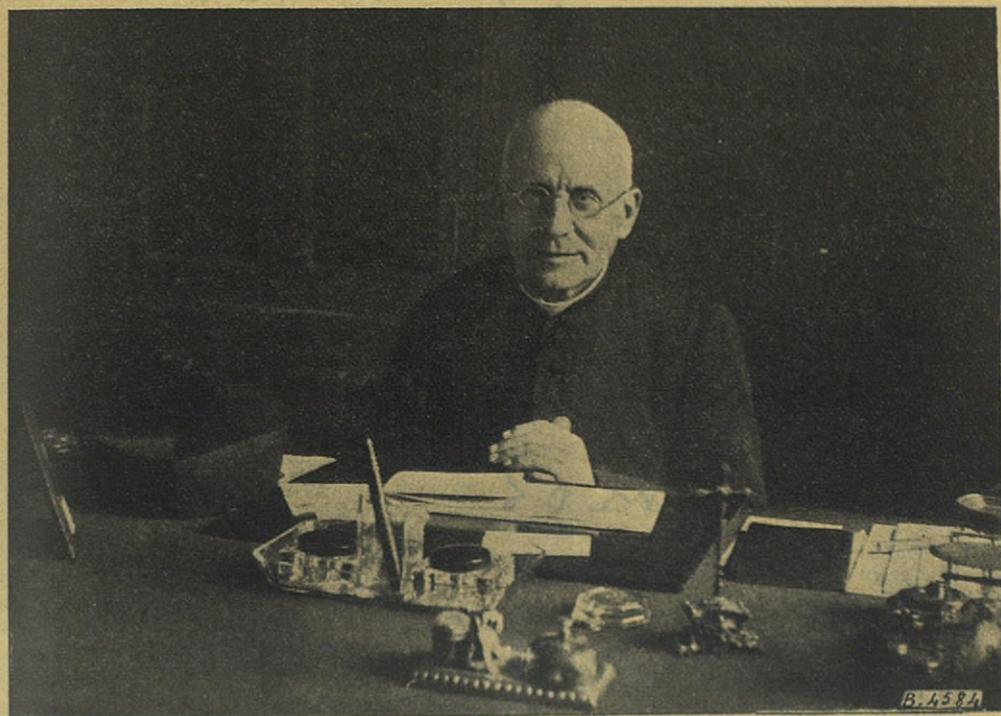
ESTUDIANDO EL MODELO. — He aquí como vivió y murió, como los santos auténticos, como los grandes artistas apasionados por de ideal. La preocupación suya, de todas las horas, era asimilarse y transmitir íntegro el espíritu inalterado de Don Bosco, desenvolverlo, ilustrarlo, incrementarlo en vitalidad y en extensión y no desviarse, ni un milímetro, de los carriles trazados por el Beato Fundador en las Constituciones. A esto tendían sus circulares, sus conferencias, sus exhortaciones, todo cuanto pensaba y todo cuanto decía.

Ultimamente, apenas salió a luz el tomo primero de la Vida del Siervo de Dios Don Miguel Rua, bella y austera prolongación de la de Don Bosco, entregóse con tanto afán a su lectura que, ni en los últimos días de su enfermedad, quiso interrumpirla, ca-

yendo materialmente exánime sobre sus blancas hojas.

En un humilde sillón, al lado de una humildísima cama, allí le hallaron muerto. Sobre la nívea colcha veíanse dos libros abiertos, al alcance de su mano, el santo Breviario y la Vida de Don Miguel Rua,

con una faja de la Revista « Pro Familia » que le servía de señal y en la que acababa de escribir, con lápiz citas y acotaciones. Aquellos caracteres, que el golpe fulmíneo de la muerte interrumpió, son los surcos del buril que el gran artista de la Santidad trazaba estudiando la figura del modelo.



En su despacho.

¿QUIÉN SERÁ EL SUCESOR DE DON FELIPE RINALDI?

He aquí la pregunta que muchos se hacen, dedicándose a la inútil tarea de adelantar nombres.

El 16 del próximo Mayo se reunirá en Turín el Capítulo General que ha de elegirlo. Allí la Providencia impondrá su candidato que Ella ya conoce y nosotros no. Sabemos, sin embargo, y ello nos basta, que a Don Bosco IV sucederá Don Bosco V y que la gloriosa perennidad de nuestra amada Congregación Salesiana, es algo así como un dogma de fe.

El árbol que nació en Valdocco es, en efecto, de los que están predestinados a vivir muchos siglos. En su tronco joven y robusto hierve la savia abundante y prolífica y, sea quién fuere el hombre que Dios ha de enviar para cultivarlo, el árbol seguirá recibiendo del cielo la luz que regenera su copa y el rocío que fecunda sus raíces, y sus ramas, cada día más bellas y jugosas, seguirán extendiéndose en todas direcciones y dando ricas cosechas de flores y de frutos.

ESTUDIANDO EL MODELO

Quattro niveles de laboria de f. Bron
per cultivare en vita spiritual

1. Haldenrype 39

correctore 40 e 39

Vestigione 44-47 1.65-3-00.

Meditojons 52

collera 62

Voti d. d. no 65

Conjuncy d. l. Vini 73

Conjuncy d. l. Innocentata 74

logno della vite - giovani quart
d. Pra lene pelensterla 1077
a pag 208-209

Mientras escribía estas notas, le sorprendió la muerte.



Gracias obtenidas por intercesión de María Auxiliadora y del Beato Juan Bosco.

TEYA (BARCELONA - ESPAÑA). — A consecuencia de los cambios políticos me quede sin colocación; visité a varias personalidades y todos decían lo mismo, los tiempos están muy malos. En medio de esta tribulación, empecé, una novena a nuestra Madre María Auxiliadora y al terminar esta, otra al Beato Juan Bosco, con comunión al principio y al fin de cada una. A los pocos días, hallé la tan suspirada colocación ».

4 Noviembre de 1931.

EMILIO CASSA.

SALAMANCA (ESPAÑA). — Es la tercera vez que acudo en demanda de su protección; lleno de fé y seguro de conseguir la gracia, hice una novena al Beato J. Bosco prometiendo una limosna para sus obras, pues se trataba de un grave conflicto familiar.

Antes de terminar la novena, fué éste solucionado milagrosamente, devolviendo a mi alma una paz y tranquilidad indescriptibles, por lo que agradecido cumplo lo ofrecido, aconsejando a todos, que en las tribulaciones espirituales y materiales, acudan a él con plena confianza.

Diciembre, 1931.

BERNABÉ GONZALEZ VICENTE.

SEVILLA (ESPAÑA). — Te estoy muy agradecida, ¡oh María Auxiliadora! por haberme obtenido los dos favores que tanto deseaba. Te prometí dar por cada uno de los que recibiera cinco pesetas y publicar la gracia. Aunque no tan pronto, como deseaba, cumplo gustosa lo prometido, Madre mía.

En las necesidades y angustias de la vida sigo esperando tu protección.

Tu devota,

ANTONIA CASTELLO, Vda. DE JIMENEZ.

DOS HERMANAS - SEVILLA (ESPAÑA). — Encontrándose mi sobrino Jesús Rubio para operarse de apendicitis, me encomendé a María Auxiliadora por intercesión del Beato Juan Bosco, prometiendo, si se curaba y no había necesidad de operarle, dar una limosna para los niños pobres y publicar la gracia.

Ha transcurrido un año y, sin necesidad de operación, se encuentra completamente bien; cumplo, pues, mi promesa y doy gracias por éste y otros muchos favores recibidos de mi celestial Protectora.

ENGRACIA MUÑOZ.

RONDA (ESPAÑA). — Marchó mi madre a Granada por asuntos de familia consultando allí con un célebre médico sobre molestias que sufría; nuestra preocupación subió de punto al saber que se imponía una operación. Para su feliz resultado di comienzo a una novena a María Auxiliadora al mismo tiempo que una lámpara costeada por mi familia ardía ante su imagen. El tercer día fué operada y el 24 ¡fecha significativa! la abracé de retorno perfectamente bien. Se ha acreditado una vez más la frase de SanBernardo: Ninguno de los que en sus apuros La invocase ha sido desatendido.

JULIO MONTAÑEZ.

Diciembre de 1931.

MONTERREY N. L. (MEJICO). — Muy honda y gratamente conmovida ha sido la sociedad católica de Monterrey, N. L., al tener conocimiento de la milagrosa curación de mi querido hermano Abraham C. Guerra, curación obtenida por la mediación de nuestra Celestial Madre y poderosa intercesora, María Sma. Auxiliadora.

Es el caso que estando mi hermano tranquilamente entregado a su trabajo, revisando unas facturas en su comercio, un hijito suyo, de seis años, abrió un cajón en el que estaba una pistola cargada, que disparó, hiriendo la mano izquierda del niño y yendo el proyectil a lesionar mortalmente a mi hermano, en la región del tórax con orificio de entrada en el octavo espacio intercostal izquierdo, quedando alojada la bala entre los tejidos blandos de la región pectoral.

El diagnóstico de los médicos, fue desconsolador, pues consideraron el caso perdido, juzgando inútil una operación y esperando el más fatal desenlace. Se le administraron los Sacramentos de la Penitencia y Extremaunción, no siendo posible darle el Santo Viático por el continuo vómito de sangre.

Telegráficamente se le notifica al Dr. Manuel M. Guerra, residente en Tampico Tamps. el incidente, y en el primer tren se traslada a ésta. Entre tanto, viendo lo desesperado del caso, imploramos la ayuda del cielo con plegarias, misas, novenas, limosnas etc. y no sólo la familia, sino también muchas almas buenas que se interesaron en el asunto.

Llega el Dr., hermano del paciente y he aquí sus impresiones:

« A primera vista, dice, se apreciaba la gravedad del caso: palidez cadavérica, disnea angustiosa, abatimientos en cada movimiento respiratorio, 38

respiraciones y 160 pulsaciones por minuto y el pulso débil filiforme, temperatura 36 grados, en fin, todo eran pronósticos sombríos que llenaban de angustia, pero mi fe y mi confianza en Dios y en el auxilio poderoso de la Virgen Santísima, eran inquebrantables y procedí a un examen minucioso del enfermo ayudado de otros facultativos. Había señales de abundante hemorragia interna por lo que, para conjurarla se procedió a la trasfusión de sangre, que suministró un hijo del mismo enfermo, jovencito de 14 años, quien con heroísmo y serenidad se prestó a dar parte de su vida a su padre. Con varias transfusiones se conjuró el resultado fatal de la hemorragia. Pero quedaban los espectros de la infección, del tétano y la gangrena que había que conjurar prontamente. Se pusieron en juego todos los recursos de la ciencia; pero hubieran sido ineficaces, si no hubiera habido una intervención celestial. El estómago había sido también lesionado y parte del contenido estomacal se había vertido en el peritoneo; el aparato respiratorio en muy malas condiciones por el derrame sanguíneo, por lo que hubo que hacer una resección costal extrayendo 2750 c. c. de sangre; pero al explorar los pulmones se encontró un foco de neumonía traumática en la base del pulmón izquierdo que le duró 7 días, con una crisis que nunca había visto, en mi no corta carrera profesional, ni en la clientela particular, ni en la hospitalaria. Por una larga media hora mi hermano se debatió entre la vida y la muerte: convulsiones de piernas y brazos, respiración superficial, pulso apenas perceptible y, en momentos, suspenso, palidez mortal; pero no desfallecía nuestra confianza en el auxilio de María Sma. Estaba para hacer la última tentativa poniéndole una inyección endocárdica; pero al tomar el pulso, veo que todavía late, por lo que en vez de ponerla dentro del corazón la puse sólo intramuscular, contando con ésta 20 inyecciones de la misma naturaleza que ya le había suministrado. Los recursos de la ciencia estaban agotados; pero María Auxiliadora, poderosa ante Dios, obtuvo el milagro, arrabataando a la muerte su presa, y devolviéndonos a nuestro querido hermano, y esto, no sólo una vez, sino varias veces mientras duró el peligro». Hasta aquí las palabras del médico, hermano del favorecido por la Sma. Virgen.

El prodigio pedido con tantas oraciones y lágrimas estaba obtenido; después de cuatro operaciones delicadísimas, efectuadas en un mes, mi hermano ha entrado en un periodo de franca mejoría.

María Auxiliadora nunca desoye las peticiones que con fe y de todo corazón le dirigen sus hijos.

Nuestra gratitud a la dulcísima Madre y Celestial Reina, no tiene límites. ¡Gloria a María Auxiliadora!
Julio 21 de 1931.

SOFIA GUERRA CANTÜ.

TAMPICO-TAMS (MEJICO). — Encontrándose mi hermano Gustavo Cárdenas enfermo de un tumor maligno en el riñón, según diagnóstico del Médico que lo asistía, tuvo al comenzar el último mes de su vida, dolores terribles que no lo dejaban descansar, le llevé una reliquia de nuestro Padre D. Bosco y entonces él, mentalmente ofreció al Santo una limosna si se le quitaba el dolor e instantáneamente se le quitó, con gran admiración suya. Mi hermano vivió todavía algo más de un mes,

pero pasó ese tiempo tranquilo, hasta el último día de su vida que le volvió el dolor algunas horas.

Al principiarme a mi hermano esta enfermedad, hace tres años, el médico, en vista de la gravedad diagnosticó que duraría cuando mucho tres días, entonces invoqué al Beato J. Bosco haciéndole una promesa y, con grande admiración del Doctor, mi hermano dejó la cama muy aliviado y, aunque la enfermedad se revelaba de cuando en cuando, él vivió todavía tres años, dejando de existir el día 29 de julio del presente.

MARIA C. Vda. DE ROBERTS
Cooperadora Salesiana.

MEJICO. — Más de un mes hacía que estaba con una punzada muy aguda en la sién y el ojo derecho y con calentura; me encomendé a la intercesión del Beato J. Bosco ofreciéndole publicar la gracia y enviar una pequeña limosna para su Canonización si me obtenía la salud. Sin haber tomado medicinas, ya hace 15 días que estoy completamente bien. Agradecida, cumplo mi promesa.

Septiembre de 1931.

MARIA T. DE HERRERA.

MEJICO. — Habiendo quedado huérfana en la infancia, no tuve quien se cuidara de mi educación ni moral ni material; ya joven para casarme, por no haber hecho ni la primera Comunión, me resolví a vivir así. Pasé 11 años de remordimientos y deseos y me parecía que el camino por donde me había metido, ya no era fácil salir de él. Tengo mis hijitas en el colegio de María Auxiliadora, pues he procurado, aunque pobre, atender a su educación, para que no les suceda lo que a mí; allí tuve oportunidad de tratar a una Religiosa quien animándome mucho, juntamente con otra parienta mía que se encontraba en caso muy parecido, se propuso instruirnos para que recibiéramos los Sacramentos; pues yo debía prepararme a cuatro de ellos y mi parienta al matrimonio. A pesar de nuestra buena voluntad el demonio trabajaba mucho, pues a nuestros hombres les faltaba valor para vencer el respeto humano. Viendo el negocio casi perdido, acudimos a María Auxiliadora por intercesión del Beato J. Bosco haciéndole continuadas novenas para alcanzar la amistad de Dios y Don Bosco nos ha escuchado. Una y otra hemos hecho la primera Comunión, de manera muy consoladora y nos hemos preparado juntamente los cuatro a recibir el Sacramento del Matrimonio.

La paz entró en nuestros hogares y hoy viviendo tranquilos, llenos de reconocimiento a tan bondadosa Madre y al Beato J. Bosco, hacemos pública la gracia, para que se animen otros a seguir nuestro ejemplo y prueben su valiosa protección.

Septiembre de 1931. R. C. DE GUTIERREZ.

LEBRIJA (COLOMBIA). — Gloria á la Inmaculada Madre de Dios y Auxiliadora de los cristianos, y al Beato Juan Bosco, á quienes habiendo invocado en una grave duda espiritual, que intranquilizaba mi alma, y ofreciendo al Beato una limosna para sus huérfanos y misiones Salesianas, obtuve la gracia admirablemente y á toda satisfacción; cumplo mi oferta; y por este y otros grandes favores que he recibido de tan gloriosos Protectores les estaré eternamente agradecido.

Un Cooperador Salesiano.

LA MERCED (PERÙ). — Encontrándose mi hermana muy enferma, después de haber sufrido dos operaciones en extremo delicadas, imploré la protección del Beato Juan Bosco y con tal fin comencé una fervorosa Novena y envié su reliquia a la querida enferma. Mis súplicas fueron escuchadas, pues salvó del peligro en que se hallaba, sin necesidad de una tercera operación, como aseguraban los médicos y hoy, gracias a la poderosa intercesión de tan amado Padre, se encuentra completamente restablecida.

Cumplo con la promesa que hice de publicar la gracia, para que sirva de aliento y consuelo a las almas que se hallen angustiadas, seguras de que en él obtendrán un celestial abogado.

S. R. E. L.

Hija de María Auxiliadora.

Noviembre de 1931.

BUENOS AIRES (ARGENTINA). — ¡Querida Madre! Tu siempre la misma, Omnipotente por gracia, cariñosísima cual ninguna, más solícita en acudir a nuestras necesidades que solícitos nosotros en acudir a tu poderoso auxilio.

Un artesano del Colegio Pío IX a altas horas de la noche, nos soprende con síntomas de grave indisposición intestinal. Es llevado al Hospital donde se procede a una intervención de dos horas, difícil, con un temible triste desenlace en la misma operación. Se trataba de una apendicitis fulminante y perforativa con transversión de viscera (apéndice en región abdominal izquierda), tercer caso anatómico de que se tenga noticia en la historia quirúrgica del país, según consta de las revistas médicas.

Por el hospital cundió la novedad, los cirujanos más veteranos no prometían nada, en la sala los enfermos, interesados todos, daban el caso por perdido; la Hermana de caridad decía misericordiosa: «mientras hay vida, hay esperanza, Don Bosco nos lo puede resolver». Dijimos entonces: «¡María Auxiliadora! este caso es para Ti».

Se administró al paciente el sacramento de la Extremaunción, que debemos pedir y recibir apenas sea grave una enfermedad (para que surta más fácilmente su efecto curativo corporal); se rezó en el Colegio Pío IX en conjunto y por clases; se pidieron las oraciones de la Comunidad y niñas del Col. de María Auxiliadora y Seminario Salesiano de Bernal — Por la noche la enfermedad hizo crisis, el niño creía morir por momentos, tan acerbos eran sus dolores; pero estabilizose luego su temperatura y pulsaciones y a los cuatro días los médicos decían con admiración: «el niño está salvo, esto es sorprendente... milagroso» y decían verdad, ellos mismos no creían en su ciencia y experiencia; pero María invocada a tiempo y con insistente amor por tantas buenas almas, había intervenido en la cura!...

Los cirujanos harán circular el caso por el mundo médico; pero nosotros queremos ganarles y publicar al mundo entero la gracia singular de María Auxiliadora.

¡Viva María, la buena, la omnipotente!

Octubre 30 de 1931.

C. V. S., *Sacerdote Salesiano.*

RODEO DEL MEDIO (ARGENTINA). — Habiendo enfermado gravemente, y estando próxima a ser sometida a un difícil tratamiento si no mejoraba, invoqué a María Auxiliadora, con la promesa de

publicar la gracia en caso de otorgármela y de entregar una limosna en su honor; al punto me sentí aliviada y hasta la fecha me encuentro gozando de buena salud.

Cumplo agradecida la promesa y doy rendidas gracias a María Auxiliadora por haber escuchado mi ruego.

ANUNCIATINA QUADRI.

MENDOZA (ARGENTINA). — D. Bosco nos ha hecho un milagro. Nuestra Hna. Sor Magdalena Sala, hacía 4 años que venía padeciendo unos vómitos que la dejaban sin fuerzas, pues no retenía ningún alimento. Todo este espacio de tiempo estuvo con asistencia médica, y a pesar de haber seguido tan largos tratamientos con varios médicos, en lugar de mejorar, empeoraba, quedando reducida la pobre enferma a tal estado de debilidad que se sentía desfallecer de día en día. Ingresó en el Hospital, y después de una consulta de 7 médicos, como último recurso decidieron operarla, para evitarle, como ellos decían, una agonía, desesperante, y sin esperanza alguna de salvarla.

Nosotras encomendamos el asunto a nuestro Beato Padre Juan Bosco, y todas las niñas se turnaron todo el día ante su reliquia expuesta en nuestra Capilla.

La operación duró 55 minutos, sacándole el apéndice y levantándole el estómago. La operación salió bien, pero le sobrevino una congestión pulmonar y los golpes de tos le abrieron la herida, dando lugar a principios de meningitis. Desde el 3 al 8 de Diciembre estuvo en crueles alternativas, luchando entre la vida y la muerte. Ya le habíamos rezado las preces de los agonizantes y administrado los últimos sacramentos, menos la Santa Comunión a causa de los violentos vómitos.

En este estado de gravedad, dió dos fuertes sacudidas, como si fuera a expirar cuando de improviso se incorpora, pide el cuadro del Beato Juan Bosco que tenía colgado a los pies de la cama durante toda su enfermedad, lo besa, le habla y al instante pide agua y comienza a hablar como la persona más sana, cesan los vómitos y comenzamos a darle alimento, reponiéndose en breves días.

Ya hace dos años que da clase, siente de vez en cuando alguna molestia, como recuerdo de la gravedad pasada; pero no la impide cumplir con sus obligaciones.

Gracias mil ¡Beato Padre! sigue protegiéndonos.

Los médicos quedaron estupefactos, pues ya hemos dicho que la ciencia dió cuanto tenía que dar en bien de esta enferma, y que sin intervención de lo alto no se salvaba.

Setiembre de 1931.

SOR CATALINA LARGA
Directora.

CALI (COLOMBIA-VALLE). — Teresa Cuevas Vázquez, Tránsito Cárdenas de Porras, Rosario A. de Molina, Susana Mazuera, Vicenta C. de Vega, Aureliano Casas Cuevas, Alfonso Quitana y Rosario E. de Franco, dan gracias y envían ofertas por intermedio del Honorable Decurión Salesiano, Sr. D. Miguel Vte. Mercado Ayala.

COBAN (GUATEMALA-ALTA VERAPAZ). — La Familia Vasquez Pérez hace público testimonio de su eterna gratitud a la Virgen del Beato Juan Bosco

por señaladísimos e innumerables favores conseguidos de su bondad maternal y envían una limosna en favor de la Obra Salesiana.

PAYSANDÚ (URUGUAY). — Juan A Dupont muy agradecido a Dios, por la muchas y grandes gracias recibidas por intercesión de María Auxiliadora y del Beato Juan Bosco, pide que se publique su agradecimiento y no pudiendo hacerlo con más generosidad, envía una limosna de dos pesos, aconsejando á todos los que se hallen afligidos ya por enfermedades, ya por otras tribulaciones, á no desesperar, sino que acudan, con suma confianza á María Auxiliadora y al Beato Juan Bosco, a quienes, Dios se complace en conceder sus dones y sus gracias.

Dan también gracias a María Auxiliadora y al Beato Juan Bosco y envían limosnas:

- MEJICO. — Srta Sofia Valezzi. — Luisa Prida de Valdés. — Concepción Berdeja y Pérez.
 GUADALAJARA (Méjico). — Jesús Vidrio Ortiz.
 CANANEA-SONORA (Méjico). — Carmen E. Franco.
 NOGALES-SONORA (Méjico). — Ignacia Monje de Duarte. — Delfina de Paredes. — Refugio de Casón. — Jesús de Robles y Rra. Robles.
 MONTERREY-N. L. (Méjico). — Estela N. de Izaguirre. — María Martínez y María Ayala Doria.
 LINARES L. N. (Méjico). — Juana P. de Latorre. — María Luisa Alatorre.
 GALEANA L. N. (Méjico). — Irma Audiffred.
 MONTERREY L. N. (Méjico). — Francisca Tijerina. — Dr. Rodolfo Rangel y esposa.
 HDA S. MARCOS-TONILA (Méjico). — Donato Quiroz Elizondo.
 ZITACUARO-MICH. (Méjico). — María Trinidad Padilla. — María de Jesús L. de Barrera. — Josefa Piña. — Mercedes Laguna.
 PAYSANDU (Uruguay). — Damián M. Pepe. — Victoria A. de Arroyo.
 MALDONADO (Uruguay). — Una devota de María Auxiliadora.
 CALI (Colombia). — Susana Mazuera. — Purificación V. de Muñoz.
 MEDELLIN (Colombia). — Teresa R. Vda de Montoya.
 YAMUNDI-COLOMBIA (Valle). — Blanca M. de Mafía. — Manuel M. Rodríguez. — Manuel Santiago Bonilla. — Aquilino Cifuentes. — Ursulina de Pérez.
 MINARICA (Ecuador). — Familia Valencia.
 COBAN ALTA-VERAPAZ (Guatemala). — Mercedes Barrios de Vásquez.
 LOS LOROS (Chile). — Silveria Chiriur. — Baltasar Latorre M.
 VINA VIEJA (Chile). — Emelina de Ortiz. — Teodoro Ortiz.
 SAN VICENTE (Chile). — Marina de Duke.
 CONCEPCION (Chile). — Delfina de Bustos.
 TALCAHUANO (Chile). — Rosalía Pérez. — Rafaela de Alarcón.
 CONSTITUCION (Chile). — Laura Díaz de C.
 IQUIQUE (Chile). — Clara Morales. — Tomasa V. de Bravo. — Eufemia Vallejo de Flores.
 PUTAENDO (Chile). — Petronila Muñoz. — Carmela Camús. — Manuel Gonzáles. — E. Silva Guerra.

LINARES (Chile). — Horacio Martínez y Graciela Martínez.

VALDIVIA (Chile). — Candelaria T. de Austenritt.
 QUINO (Chile). — Rosario Ortiz de Osso.
 CHUQUICAMATA (Chile). — Felisa de Marinovic.
 VILLA RICA (Chile). — Una devota T. H. de G.
 TALCA (Chile). — Aurora López.
 PUREN (Chile). — Ursula Mora de Colima.
 S. FERNANDO (Chile). — Ana M. de González.
 PEJERREY (Chile). — Bernardino Muñoz.
 RODEO DEL MEDIO (Argentina). — Sra Vda de Espinosa. — Familia Giuliodori. — Mercedes de Bacelli. — Felisa Ochoa. — Anunciatina Quadri. — Domingo Barroso. — Juan Demarchi. — Josefa de Cabrera.

MATARO-BARCELONA (España). — Basilio Bus tillo.

Por intercesión de nuestros Siervos de Dios.

BLUEFIELDS (NICARAGUA C. A.). — Habiendo estado enfermo el suscrito, Cooperador Salesiano, en el mes de septiembre y parte de octubre del presente año, ofrecí una limosna a María Sma. Auxiliadora y otra para los gastos de la Beatificación de Dña. Dorotea de Chopitea, si me conseguían restablecerme; lo cual obtuve con gran satisfacción mía, cumpliendo hoy con mi promesa y testimoniando mi viva gratitud al auxilio divino.

ELEAZAR MRZA M.

NOGALES, SON (MEJICO). — Dan gracias a la Sierva de Dios Dña Dorotea de Chopitea, Refugio V. de Ramirez y Genoveva Vega, por haber encomendado a su poderosa intercesión fuera empleado el esposo de la primera habiéndole obtenido la víspera del Santo de la Sierva de Dios. Mandan una limosna para su Beatificación.

PALMARES (COSTA RICA). — Mi esposo sufría desde hace muchos años ataques cerebrales y agotados ya todos los remedios humanos lei en el *Boletín Salesiano* los prodigios que concede Dios por intercesión de su Sierva Dña Dorotea de Chopitea. Ofrecí una limosna y publicar la gracia si le concedía la salud y ¡oh prodigio! la enfermedad desapareció como por encanto.

Muy agradecida cumplo mi promesa.
 Octubre de 1931.

ELVIRA V. DE VAZQUEZ.

Dan también gracias:

A la Sierva de Dios Dña Dorotea de Chopitea. — Ana de Prem, GUATEMALA-(City). — María E. de Herrera.

Al Siervo de Dios D. Miguel Rua — Cecilia de la Garza Meléndez, Montemorelos N. L. MEJICO.

Al Siervo de Dios Domingo Savio. — Procesa Galdames. — Putaendo Chil. — Damiana D. de Agüero - LOS LOROS (Chile). — Amelia P. de Araya PUTAENDO (Chile).

NECROLOGÍA



Montavideo - Uruguay.

Doctor Juan Zorrilla de San Martín

Murió en Montevideo, santamente y confortado con los auxilios de nuestra Religión, el día 4 de Noviembre p. p.

Toda la prensa mundial se ha ocupado ya de este hombre extraordinario, uno de los más preclaros hijos de América. «Poeta y patricio insigne, dice el diario madrileño *El Debate*, sirvió a su país con nobleza, sufrió persecución por sus ideales y ganó, por último, los más elevados escalones de la popularidad y de la fama».

Boletín Salesiano une su voz a esta voz universal que agota los adjetivos mas encomiásticos, para alabar sus virtudes cívicas y su inmensa labor poética. Zorrilla de San Martín, prez y orgullo de la raza, *música viva y palpitante*, como álguien le ha llamado, no es un hombre cualquiera, es un *hombre-época* que, en la historia literaria de su patria, ocupará el puesto de honor y en la de Hispano-América uno de los más destacados, si no se le asigna también el primero.

Pero esas facetas de su vida, con ser tan deslumbradoras, no son las que más interesan a *Boletín Salesiano*, sino su cualidad de *Católico fervoroso* y su título de *Cooperador Salesiano*, con el que él tanto se honraba.

Don Juan Zorrilla, educado por los PP. Jesuitas, batalló, desde que era joven universitario, en las filas de los que quieren el reinado de Jesucristo en la vida pública, lo mismo que en la privada. En toda su larga vida jamás abandonó su trinchera, ni siquiera momentáneamente; ni flaqueó, ni contempORIZÓ.

Los partidarios del Estado láico lo tuvieron siempre enfrente, con nobleza, con caballerosidad; pero decidido, implacable, preparado día y noche, con su cota de malla y su tizona al lado, como los guerrilleros de la Edad Media. Desde las páginas de *El Bien público*, que él fundó y es aún el órgano magnífico del catolicismo en el Uruguay, desde la cátedra, desde el Parlamento, desde las embajadas y, en una esfera más humilde, desde las tribunas de literarias y los Círculos católicos, de los que fué sostenedor y animador infatigable, su alado verbo poético estuvo siempre al servicio de la buena causa y, si la culta y hermosa República Oriental cuenta hoy con fuerzas católicas disciplinadas que, en momentos decisivos, han sabido convertirse en temible falange macedónica, al Sr. Zorrilla débese, en su máxima parte.

Paralelamente con su vida pública corrió su vida privada. No era hombre que se aviniese a desdoblarse en dos personas; una para negar a Cristo en el parlamento y otra para entronizarlo en el hogar; era un cristiano viejo, hecho de una sola pieza, que rezaba, en familia, el santo Rosario, y cubría y santificaba su pecho con el crucifijo, el

mismo, acaso, que estrechaban sus manos muertas en la capilla ardiente, porque en él se advertían claras señales de desgaste, por el largo uso. Su corazón, nido de los más bellos y sublimes ideales, se fortificaba, todos los días con el Pan de los fuertes que iba a recibir, muy temprano, en la catedral o en la parroquia salesiana.

La iglesia uruguaya no podrá olvidar jamás la tierna piedad y los señalados servicios de este su hijo amadísimo. Por esto han llorado su muerte todas las campanas de Montevideo y se han rezado sentidos Resposos, en todas las iglesias, mientras sus restos mortales envueltos en la bandera de la patria, eran velados por todo el pueblo doliente,



al pié del monumento de Artigas, austero forjador de la nacionalidad uruguaya.

La Congregación Salesiana tampoco puede olvidarle y no le olvidará.

Aquel hombre menudito, sobrio en el vestido, de blancos cabellos y barba puntiaguda, como la de aquellos nobles que inmortalizó el pincel del Greco; aquel hombre que ceñía la corona del genio y era el símbolo glorioso de una raza se había hecho tan familiar en los «Talleres Don Bosco» de Montevideo, que parecía allí uno de tantos. Alternaba con los salesianos y se mostraba deferente con ellos hasta el extremo de sentarse, en los días ordinarios, a su humilde mesa; conversaba afablemente con los niños, pobres hijos del pueblo, que allí se educan en el santo temor de Dios y en la alegría, y se pasaba largas horas ante el Santísimo.

Bien puede decirse sin eufemismo que, con los Salesianos, se prodigaba. No echaría muchos pesos en las arcas con que ellos alimentan a la niñez

huérfana y desvalida, porque su fortuna era modesta, pero ponía largamente a su disposición los tesoros fabulosos de su elocuencia, con la cual ilustró mil veces el verdadero sentido de la Cooperación Salesiana y cantó las apostólicas hazañas de nuestros heróicos misioneros.

Descanse en la paz de Dios el caballero católico y el eximio Cooperador y reciba su hermosa alma el tributo de las lágrimas y oraciones de la inmensa familia salesiana, que se siente anonadada por tan sensible pérdida.

Tunja - Colombia.

Don Adeodato Aguilera.

Estando en la Iglesia de Santo Domingo, de Tunja oyendo misa en la Capilla de Ntra Señora del Rosario, le dió un derrame cerebral, expirando en la misma iglesia después de recibir los Auxilios espirituales.

Su cariño a la Obra Salesiana y su filial amor a María Auxiliadora, pues todos los 24 de cada mes comulgaba en su honor, le han merecido la gracia de morir en esta fecha, en día de sábado y en su bendita Capilla.

Rodeo del Medio - Mendoza (Argentina).

Dan Juan Sadler.

El 19 de octubre de 1931, a la madura edad de 63 años, cristianamente como había vivido, falleció este buen caballero, muy vinculado a la Obra Salesiana de Rodeo del Medio.

Natural de Trento y establecido en Mendoza desde 1890, fué uno de aquellos pocos emigrantes que al abandonar la patria nativa en busca de mejor fortuna, ponen empeño en no abandonar a su Dios ni perder de vista la patria celestial, fieles en todo al precepto evangélico: « Buscad primero el reino de Dios ».

Trasladado a Rodeo del Medio desde 1895, no se apartó más de ese lugar al que sentíase fuertemente vinculado por tres amores: *la familia* para la cual, con el fruto de su trabajo, había levantado una modesta y elegante casa; *el viñedo* que generosamente retribuía sus afanes y sudores, y *la iglesia* en la cual podía cumplir con sus deberes religiosos imprescindibles para su alma profundamente cristiana.

Regocijose mucho cuando a principios de este siglo los salesianos invitados y eficazmente ayudados por la Sra. Lucila B. de Bombal, sentaron sus reales en Rodeo del Medio. El buen Sadler fué de los primeros amigos y cooperadores de los hijos de Don Bosco y cuando en 1904 el Rdo. P. Pablo Robotti (q. e. g. e.) fundó la Asociación de San José, no dudó un instante en dar a ella su nombre, destacándose durante 27 años, o sea hasta su muerte como socio activo, inteligente y perseverante, no faltando nunca a las reuniones públicas o privadas y mucho menos a la Comunión mensual del tercer domingo de cada mes.

Por tan excepcionales méritos mereció ser elegido muchas veces presidente (por 15 años, no consecutivos) con gran mayoría de votos.

Una vida tan bien empleada entre la piedad, el trabajo y la familia, debió merecerle una santa muerte a la que se dispuso cristianamente soportando con

resignación su penosa enfermedad y alimentándose a menudo con el Pan de los fuertes. Su memoria será perdurable en Rodeo del Medio.

Bluefields - Nicaragua.

Dña Concepción Mendoza.

Celadora Salesiana y activa distribuidora del *Boletín Salesiano*, por muchos años en el pueblo de Rama, entregó su hermosa alma a Dios en Bluefields, el día 15 de Octubre a las 5 pm., habiendo recibido antes la Santa Comunión y Extremaunción, de manos de los Rdos. p.p. Capuchinos.

Amaba ardientemente la Obra Salesiana y dejó dicho en su lecho de muerte, que siempre se siguiera con la devoción a María Auxiliadora y a Don Bosco y que no se dejaran de recibir los Boletines, nombrando como sustituta para el reparto, a su nieta *Anita Meza Mendoza*. Que el Señor la tenga en su gloria.

Recordad también en vuestros sufragios a:

De PAMPLONA (España). — D. Juan Peña. — D. Marcial Moreno. — D. Camilo Agudo.

De BARCELONA (España). — Dña Francisca Formelio Bargallo. — Dña Teresa Tura Cuyás Vda. de Divi. — Illma. Sra Dña Dolores Bonet y Colón.

De MONTRAS-GERONA (España). — D. Miguel Olin. De CANTILLANA-SEVILLA (España). — Dña Rosario de Olavarrieta y Torra.

De CRUTA (España). — D. Enrique Caballero. De LUCENA-CORDOBA (España). — Rvdo Sr. D. Luis Marín Martín.

De MADRID (España). — Dña Justina Lloset de Ostos.

De SANLUCAR DE BARRAMEDA-CADIZ (España). — Dña Ana María Romero.

De SEVILLA (España). — Dña María de la Soledad Ruiz de Mier. — Dña Joaquina Delgado de Morgado. — Dña Brígida Carceller. — Dña María Daguerrre Dospital. — Dña Concepción de la Peña Gómez de Márquez. — Srta Amparo Juárez de Negrón y González. — Dña María Gómez Imaz de Cañal. — Dña María del Carmen Gener y Pardo Gil. — D. Miguel Ferrazano. — D. Juan Candau Peyré. — Excmo Sr. D. Javier Sánchez Dalp y Calonge. — Srta María Gracian Lavedán.

De TACUBAYA D. F. (Méjico). — Dr. Valentín Rojas.

De LOS ANGELES (California). — Dña Ramona Maylen.

De CALI (Colombia). — D. Roberto Jaramilla. — Dña Pastora Flores. — Dña Mercedes Vázquez.

De YAMUNDI (Colombia Valle). — D. Telesforo Barona. — D. Paulino Satizábal. — D. Rodolfo Bonilla. — D. Rafael Cárdenas. — D. Paulino Mosquera. — D. Alejandro Vargas. — Dña Juana Sánchez. — Dña Remedios de Quintero. — Dña Filomena Vda de Mafla. — Dña Onés M. de Sánchez. — Dña Rosalía Olmus. — Dña Francisca Zapata de B. — Dña Rosario Vda. de López.

R. I. P.

Con aprobación de la autoridad eclesiástica.

Gerente: D. DOMENICO GARNERI.

Establecimiento Tip. de la Sociedad Editora Internacional - Turin
Corso Regina Margherita, 176.